

Thomas Keating

Meditaciones

Sobre las Parábolas de Jesús



Contenido

Nota del editor

Prólogo de Bernard Brandon Scott

Prefacio del Autor

Parte Uno: Dios Mora en lo Ordinario

1. El Publicano y el Fariseo
Lo sagrado se ha movido a la vida cotidiana
2. La Semilla de Mostaza
El Reino está disponible ahora
3. La Moneda Perdida
El Reino está siempre a mano
4. La Levadura 1
Busca el Reino en los lugares más inesperados
5. La Levadura 2
El Reino se manifiesta en solidaridad, simpatía y amor incondicional
6. La Levadura 3
Una situación difícil puede ser una gran bendición
7. La Levadura 4
Nuestras ideas acerca del Reino tienen que expandirse
8. La Higuera Estéril
El Dios de la fe pura está más cerca que respirar, pensar, escoger, más cerca que la consciencia misma

Parte Dos: Dios Ama Infinitamente y por Siempre

9. El Hijo Pródigo 1
En la casa del Padre están la verdadera seguridad, independencia y afecto
10. El Reino de Dios 1
El Tesoro Escondido, la Perla y la Red. No se necesita nada más
11. El Reino de Dios 2
La tradición viva transmite la plena vida cristiana

12. El Sembrador
¿Dónde estás?
13. La Viuda y el Juez
Dios, en su bondad, provee ayuda si seguimos pidiendo
14. Los Trabajadores en la Viña
La invitación de la gracia a entrar en el Reino ocurre una y otra vez
15. El Tesoro Escondido
El tesoro de vida eterna se nos da sin buscarlo. Ya está ahí

Parte Tres: Dios No Conoce de Límites

16. El Buen Samaritano
El Reino de Dios está abierto a todos
17. El Hijo Pródigo 2
Estás siempre conmigo. Todo lo mío es tuyo
18. Lázaro y el Hombre Rico
Dios no crea barreras, nosotros sí
19. El Gran Banquete
Dios llega a los que consienten venir, tal y como son
20. El Vino Nuevo
No es posible contener la exuberancia del Espíritu en las viejas estructuras

Epilogo

Nota del Editor

Hace algunos años, el Padre Thomas Keating publicó *El Reino de Dios es como...*, una colección de reflexiones y homilias que había ofrecido a varias comunidades, incluida especialmente la comunidad del Monasterio de San Benito en Snowmass, Colorado. Aunque el título de esa colección apuntaba a las parábolas que comprendían la mayor parte del libro, éste también incluía otro material no relacionado con las parábolas, como, por ejemplo, una reflexión sobre el joven rico (Marcos 10: 17-27) a quién Jesús invita a dar su dinero a los pobres.

Como algunos libros anteriores del Padre Keating, tales como *Despertares y Nuevos Despertares*, también incluyen algunos capítulos dedicados a varias parábolas, a lo largo de los años los lectores han preguntado si sería posible reunir, en un solo tomo, sus meditaciones sobre las parábolas de Jesús. El presente volumen satisface esa necesidad. El contenido, tomado de esos tres libros, aparece aquí prácticamente sin cambios, agrupados siguiendo tres temas centrales. Esperamos que este libro sea de interés tanto para los lectores familiarizados con los escritos del Padre Keating como para aquellos que descubren al Padre Keating por primera vez y que buscan un guía confiable para reflexionar sobre estas palabras eternas, sorprendentes y desafiantes de Jesús.

Prólogo

Aproximadamente un año después de la publicación de mi libro *Hear Then the Parable (Escucha, Pues, la Parábola)*, recibí una carta de un joven ministro de Irlanda del Norte involucrado en el movimiento por la paz, sin duda uno de los ministerios más frustrantes que existen. Decía que mi análisis de la parábola de la higuera estéril le había hablado al alma, porque describía con tanta precisión su situación: él simplemente sigue abonando, con la esperanza de que, de alguna manera, Dios dé vida.

Yo le respondí agradeciendo su carta y diciéndole que el crédito debía dirigirse al autor y no al crítico de la parábola. Fue la parábola, no mi exégesis, la que le habló al alma. Esto no es falsa humildad, porque recuerdo claramente la noche en que elaboré por primera vez esa sección del libro. La parábola no me impresionó porque pensé que era menor, comparada con algunas de las otras. Además, estaba bajo cierta presión para terminar el capítulo. Pensaba que conocía el estilo y las técnicas de Jesús como relator de parábolas. Cuando seguí reflexionando sobre ésta, me impresionó la futilidad del esfuerzo del hombre, así como su uso del término “estiércol,” que, de hecho, con mayor precisión, es “excremento;” así como los puntos suspensivos, que la mayor parte de los traductores entienden como: “Si por fin da fruto, pues...” seguido de un encogerse de hombros. No hay mucho aquí, pensé, pero típico de Jesús. Más típico de lo que supuse, porque la piedra que el constructor rechazó se ha convertido en la piedra angular. Estoy encantado de que el Padre Keating vea en esta parábola un símbolo de la vida contemplativa.

Las meditaciones del padre Keating sobre las parábolas de Jesús son también elípticas como las parábolas. Sus sermones dejan sin decir lo que no debe decirse y le entregan al oyente el resto de la historia. Su estilo de predicación es inmensamente fiel a las parábolas, porque no dice, sino que escucha y se une a su audiencia como un oyente más. Una y otra vez, responde a la historia de la parábola con otra historia, cada vez permitiéndonos escuchar de nuevo. O, para decirlo con las palabras desafiantes de Jesús: “el que tenga oídos, que oiga.”

El padre Keating ofrece cuatro sermones sobre la parábola de la levadura, una de las más breves y menos significativas de la tradición y sobre la cual los evangelistas no comentan. Él se centra en su naturaleza radical, en cómo desenmascara el mal monumental. La parábola es un lente que enfoca lo cotidiano, que expone la presencia de Dios donde no nos atrevemos a esperarla, donde hemos sido entrenados a ignorarla. Él ve el milagro donde realmente está. No sólo en el perdón y el cuidado de una madre por el asesino de su hijo, sino, más importante aún, en la lágrima apenas perceptible en el ojo

del sociópata. Para Keating, el Reino no está en el florecimiento de una higuera estéril, sino en el hecho de que el toque de Dios es suficiente.

Al considerar las parábolas una y otra vez, Keating les permite reenfocar los elementos no parabólicos de la tradición de Jesús. Podríamos pensar que Jesús como Rey sería contrario al mal monumental, a la cotidianidad de las parábolas, pero Keating nos muestra que ellas son perfectamente coherentes, que el abandono de Jesús en su muerte es el mal monumental y que su resurrección es la máscara que oculta ese abandono, pero que hace visible el milagro del gran amor de Dios.

Quizás estemos demasiado acostumbrados a pensar en las parábolas como historias sencillas para gente simple. Tal actitud sólo encubre nuestra propia arrogancia. Keating restaura a Jesús como el artista del alma, y responde, a su vez, como un artista. No podemos dejar de asombrarnos ante cómo estas parábolas continúan iluminando las cuestiones más profundas de la vida.

-Bernard Brandon Scott

Profesor Distinguido de Nuevo Testamento

Seminario Phillips de Postgrado

Tulsa, Oklahoma

Prefacio del Autor

Este tercer volumen de homilias que sigue a *Despertares* y *Nuevos Despertares* debe gran parte de su inspiración al libro académico e iluminador de Bernard Brandon Scott *Listen, Then, the Parable (Escucha, Pues, la Parábola)*. Los textos de las Escrituras que se ofrecen al comienzo de cada capítulo omiten los escenarios y las conclusiones de las parábolas, que muchos exégetas creen ser obra de los mismos evangelistas. (Véase Funk, Scott y Butts, *The Parables of Jesus, Red Letter Edition*).

El cuidadoso trabajo de Scott y otros eruditos en la búsqueda del significado original de las parábolas pone de relieve aspectos de la enseñanza y la personalidad de Jesús sobre los que no se había hecho hincapié previamente. Cuando las comprendemos correctamente, las parábolas nos ayudan a ver lo extraordinario que fue Jesús como maestro de sabiduría y cuán revolucionario, en el mejor sentido de la palabra, fue el contenido de su enseñanza, a la que dio testimonio con su vida y con su muerte.

Estas percepciones son particularmente coherentes con la experiencia real de las personas que están en la travesía espiritual. Cuando se abraza seriamente la oración contemplativa, nos encontramos con la realidad viva que Scott detalla tan bien: el revés de las expectativas, la liberación gradual y a menudo dolorosa de los programas emocionales en búsqueda de la felicidad, y el descubrimiento cada vez mayor del reino de Dios en lo ordinario y lo cotidiano. Muy a menudo la experiencia de "corrupción" —lo que inicialmente se ve como una crisis o catástrofe— es, en realidad, la ocasión para que irrumpa el reino, ya que Dios nos invita a cambiar, no tanto la situación, sino nuestras actitudes.

Agradezco a Bernard Brandon Scott por permitirme publicar sus ideas en forma popular y compartir las implicaciones significativas que encuentro en ellas para el seguimiento de Cristo. Y agradezco a los primeros oyentes de estas homilias: los monjes y la comunidad amplia del Monasterio de San Benito en Snowmass, Colorado, y los muchos participantes en los Retiros Intensivos de Contemplative Outreach, donde estas ideas se ventilaron y evaluaron por primera vez.

Parte Uno

DIOS HABITA EN LO ORDINARIO



EL PUBLICANO Y EL FARISEO

“Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo, y el otro, recaudador de impuestos. El fariseo, de pie, oraba así: ‘Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás, que son ladrones, malvados y adúlteros, ni como ese cobrador de impuestos. Yo ayuno dos veces a la semana y te doy la décima parte de todo lo que gano.’ Pero el recaudador de impuestos se quedó a cierta distancia, y ni siquiera se atrevía a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: ‘Oh Dios, ten piedad de mí, que soy pecador.’ Les digo que este cobrador de impuestos volvió a su casa justificado y el otro no.” (Lucas 18: 10-14a)

La parábola del publicano y el fariseo refuerza uno de los temas centrales de la parábola del Buen Samaritano. La venida del Buen Samaritano por el camino a Jericó señala el final del contexto social y el esquema del reino de Dios como los percibían los contemporáneos de Jesús. Este punto no queda muy claro, debido al modo en que Lucas introduce y concluye esta parábola en su evangelio, predisponiendo al lector a mirar al fariseo como orgulloso. En realidad, el fariseo sólo hizo lo que las costumbres del templo requerían de los que eran considerados “los de adentro” y miembros de la élite religiosa de la época. De hecho, el contexto social del templo, como ahora lo conocemos por otros documentos históricos, lo representaría como el fariseo piadoso ideal. Su discurso se repite casi palabra por palabra en otros ejemplos que tenemos de oraciones piadosas de la misma época. Su conducta y oraciones son típicas del fariseo devoto.

El mismo esquema que determina la conducta apropiada de alguien que pertenece a los recintos sagrados del templo como persona “de adentro,” también determina el lugar, la postura y la oración del publicano (el recaudador de impuestos). Éste pertenece al grupo que está fuera de los límites del templo. Permanece apartado porque sabe cuál es su lugar apropiado como alguien “de afuera.” El lugar que ocupaba no era una manifestación de su humildad, como insinúa Lucas, sino simplemente de estar consciente del lugar que le correspondía como pecador.

De modo que los dos hombres descritos en la parábola manifiestan sus respectivos puestos y estatus en la cultura aceptada de la época. Uno pertenece a los recintos sagrados del templo y es “de adentro.” El otro pertenece al mundo secular y es “de afuera.” El esquema social le exige que ore aparte del fariseo, que representa lo sagrado. Es decir, que en el texto no hay

evidencia de mérito o culpabilidad en la conducta o las oraciones de los dos hombres.

El narrador deja estupefactos a los oyentes con su conclusión. El publicano se fue a su casa (al mundo secular) justificado. El otro hombre no. Estas palabras estallan como un trueno en la multitud. Lucas atribuye esta declaración a la humildad del publicano y el orgullo del fariseo. Pero el publicano ni siquiera hizo restitución por sus extorsiones como lo hizo Zaqueo (Lucas 19:1-9) y el fariseo daba gracias a Dios por sus buenas obras, como era costumbre en las oraciones de un fariseo devoto de su época.

El propósito principal de la parábola surge con absoluta claridad. El esquema social de la época está siendo abandonado y el reino de Dios ya no se encuentra en el templo. Lo sagrado está afuera y lo profano puede estar adentro. La actividad del reino de Dios se ha movido del recinto sagrado del templo al área profana del mundo secular. El fariseo representa bien la piedad del templo. El publicano representa bien el mundo secular. El lugar sagrado ya no es el lugar de lo sagrado. Lo sagrado se ha trasladado a la vida cotidiana.

EL GRANO DE MOSTAZA

«¿A qué se parece el Reino de Dios? ¿Con qué podré compararlo? Se parece a un grano de mostaza que un hombre sembró en su huerta; creció, se convirtió en un árbol y los pájaros del cielo se cobijaron en sus ramas». (Lucas 13: 18-19)

La idea central de las parábolas es subvertir los mitos distorsionados en los que las personas viven sus vidas. Para entender lo que queremos decir con vivir en un mito, sólo pensemos en un par de nuestros propios mitos contemporáneos. Tome el mito del "joven estadounidense, " por ejemplo. Este es el muchacho que obtiene sobresalientes en la universidad y en la escuela de posgrado, asciende en la escala ejecutiva y quizás se convierte en el jefe de una multinacional. O el "sueño americano": dos autos en cada garaje, vacaciones en la Florida, casas en España, etcétera. A un nivel más serio, el sueño americano ha sido un mito acerca de la invencibilidad de los Estados Unidos, de su derecho absoluto a los ojos de Dios.

Un mito es a menudo lo que le da sentido a la vida de la gente. Es un intento de resolver las tensiones de la vida cotidiana al prometer un futuro idealizado en el que seremos rescatados de todos los problemas de la vida ordinaria. Cuando un mito comienza a tambalearse, los grandes líderes pueden tratar de encontrar formas de recuperar la gloria de días pasados, como el esfuerzo de John F. Kennedy por reavivar el sueño americano enviando un hombre a la luna. Los astronautas estadounidenses llegaron a la luna, pero mientras tanto la guerra de Vietnam arrasó con el prestigio de la invencibilidad estadounidense y, con ello, el sueño americano.

Para los israelitas de la época de Jesús, la tensión entre la realidad cotidiana y una visión mítica de Israel como pueblo elegido de Dios se sentía con especial urgencia. Desde el apogeo del poder nacional y el prestigio durante los reinados del rey David y el rey Salomón, Israel había decaído durante varios siglos, y su reino había sido conquistado y dividido varias veces. Si uno vive en territorios ocupados, como era el caso de los israelitas de la época de Jesús, surge naturalmente la pregunta: "¿Es esta espantosa opresión de los romanos un castigo de Dios, o es nuestro sufrimiento solamente parte de la condición humana?" En el mito particular en que vivía el pueblo de Israel del primer siglo, el reino de Dios tenía connotaciones específicas de poder, triunfo, santidad y bondad. El reino, cuando llegara, introduciría una gloriosa nueva era de paz universal, con el pueblo escogido de Dios como cabeza de las naciones.

El símbolo cultural de este mito era el gran cedro del Líbano. Los cedros del Líbano eran comparables a las enormes secuoyas de California. Crecían hasta dos o trescientos pies o más (NT: entre 60 y 90 metros). Todo tipo de pájaro podía disfrutar de su sombra. Esta imagen estaba profundamente arraigada en el condicionamiento cultural del pueblo judío. El reino de Dios como nación sería la más grande de todas las naciones, así como el gran cedro del Líbano era el más grande de todos los árboles.

En cambio, Jesús propuso esta parábola. ¿Cómo es realmente el reino de Dios? Es como una semilla de mostaza, proverbialmente la más pequeña e insignificante de todas las semillas, que alguien tomó y sembró en su jardín. Para un oyente alerta de la época de Jesús, ese detalle del jardín sería como un aviso. En la visión judía del mundo, el orden se identificaba con la santidad y el desorden con la impureza. Por lo tanto, existían reglas muy estrictas sobre lo que se podía plantar en un jardín doméstico. Leyes rabínicas de diversos tipos dictaminaban que no se podían mezclar ciertas plantas en el mismo jardín. La planta de mostaza estaba prohibida en una huerta doméstica porque crecía rápidamente y tendía a invadir las verduras. Al afirmar que este hombre plantó una semilla de mostaza en su huerta, los oyentes sabían que estaba haciendo algo ilegal. Una imagen de impureza se convierte así en el punto de partida de la visión de Jesús acerca del reino de Dios en esta parábola.

Si el punto de partida es una imagen de impureza, el resto de la parábola se vuelve aún más desconcertante. ¿Qué sabemos acerca de la semilla de mostaza, desde el punto de vista botánico? Es una planta común, invasora, que crece hasta una altura de unos cuatro pies (NT: 1.2 metros). Produce algunas ramas y, con un poco de imaginación, las aves pueden construir algunos nidos no muy estables en su sombra.

Inmersos en sus imágenes culturales del gran cedro del Líbano, los oyentes seguramente esperaban que la semilla de mostaza, símbolo del reino para Jesús, creciera hasta convertirse en un poderoso árbol apocalíptico. El punto de vista de Jesús es exactamente lo contrario. Simplemente se convierte en un arbusto. Es decir, que la imagen del reino de Dios como el imponente cedro del Líbano es explícitamente ridiculizada. Según Jesús, el reino de Dios es como una semilla de mostaza que un hombre plantó ilegalmente en su jardín. Se convirtió en un arbusto y algunos pájaros anidaban en sus modestas ramas. Eso es todo. La parábola subvierte todas las ideas grandiosas sobre cómo será el reino cuando finalmente llegue.

Una de las expectativas más firmemente sostenidas por los israelitas era que el reino de Dios manifestaría el triunfo final de Dios en la historia. Su llegada, anunciada por el Mesías largamente esperado, rescataría a Israel de su miserable servidumbre al Imperio Romano. Era un reino futuro, no uno en el aquí y ahora. La parábola de Jesús implica que, si aceptamos al Dios de la vida cotidiana, podemos encontrar a Dios en la vida cotidiana. No tenemos que

esperar una liberación apocalíptica. No tenemos que esperar una liberación grandiosa. El reino está disponible ahora mismo.



Las parábolas, según Scott, son como agarraderas al misterio del reino, indicadores que sugieren tanto lo que es como lo que no es. No podemos entender completamente el reino porque es un misterio que trasciende cualquier posibilidad de ser contenido en un concepto. Pero al hacer rotar la sabiduría de las máximas de Jesús en el ojo de nuestra mente, y con la ayuda de las parábolas, podemos al menos vislumbrarlo.

Una parábola apunta a algo que sólo llegamos a conocer gradualmente a medida que absorbemos la enseñanza de Jesús. En esta parábola, él insinúa que Dios no necesariamente va a intervenir en este mundo para obtener el triunfo de los justos. Es posible que no intervenga de un modo apocalíptico en la liberación de Israel o para traer justicia y paz. Esto último él nos lo ha confiado a nosotros. No debemos sentarnos a esperar a que una intervención apocalíptica cumpla con esa tarea.

Si llevamos una vida santa—en lugar de una vida meramente respetable—es probable que perdamos la mayor parte de nuestros amigos y familiares. Quizá uno o dos de ellos sigan nuestro ejemplo, pero es como el grano de mostaza: a lo mejor se logra un resultado modesto, pero no algo de la magnitud de un cedro del Líbano. Todo lo que quizá obtengamos sea un arbusto discreto, semejante a muchos otros de la localidad. La planta de mostaza está a un pequeño paso de ser considerada una simple maleza.

¿Cómo debemos entender este uso deliberado por parte de Jesús de lo impuro e insignificante como imágenes de su reino? Sugiere que las obras más grandes de Dios no se realizan a un nivel grandioso. No en catedrales, grandes edificios o enormes mausoleos. Las catedrales pueden convertirse en museos, en lugar de fuentes de inspiración para la comunidad cristiana. El reino está en la vida cotidiana, con sus altibajos y, sobre todo, en su insignificancia. Es ahí donde la mayoría de la gente realmente vive su vida.

La parábola afirma que la gracia es como una semilla de mostaza sembrada en nosotros, la más pequeña de todas las semillas. Está creciendo, pero no nos va a transformar en un cedro del Líbano. Nos irá bien si nos convertimos en modestos arbustos.

Tan difícil era para la gente de la época de Jesús superar su idea del reino de Dios como una institución triunfante, que incluso los evangelistas trataron de convertirlo en algo grandioso de todos modos. En otras palabras, el mito

recapturó la parábola. La parábola estaba destinada a cambiar la idea que tenemos sobre el reino, pero lo que sucedió fue que la mentalidad antigua comenzó a interpretar la parábola de una manera consistente con sus expectativas míticas anteriores. Hay cuatro versiones de esta parábola en los Evangelios, tres en los Sinópticos y una en el Evangelio de Tomás, documento recuperado hace unos 50 años en la Colección Gnóstica de Nag Hammadi, que muchos exégetas consideran más cercana en algunos lugares a la tradición oral original. En Lucas y Mateo, contra todo buen sentido botánico, la semilla de mostaza sí se convierte en árbol. En Marcos, se convierte en el más grande de los arbustos. En Tomás, se convierte en una gran rama bajo cuya sombra muchos pájaros pueden cobijarse. Todas estas expectativas son contrarias a los hechos. Una semilla de mostaza no se convierte en árbol, en el más grande de los arbustos, ni produce una gran rama, por mucho que lo deseemos. La tradición oral evidentemente fue influida por las viejas expectativas de grandeza, a medida que la gente regresaba gradualmente a su forma de pensar anterior. Las personas perdieron el empuje radical y la increíble libertad a los que la parábola las llamaba. Para nosotros también es una amenaza para nuestras ideas preconcebidas y nuestros sistemas míticos de creencias y, por lo tanto, existe una fuerte tendencia a resistirnos a su crudo realismo.



Si buscamos que nuestra religión, nación, grupo étnico, movimiento social, o lo que sea, se convierta en una gran organización visible que llene la tierra, estamos en el camino equivocado. Esa no es la idea de éxito que tiene Dios. ¿Dónde se llevan a cabo las obras más poderosas del reino? En nuestras actitudes y, por lo tanto, en secreto. Donde hay caridad, ahí está Dios. Las oportunidades de trabajar para asistir a las personas sin hogar, los hambrientos y los ancianos están fácilmente disponibles. Es posible que nadie se dé cuenta de nuestras buenas obras, ni siquiera nosotros mismos. El reino de Dios se manifiesta en modestos cambios en nuestras actitudes y en las pequeñas mejorías en nuestro comportamiento que, a lo mejor, nadie percibe, ni siquiera nosotros mismos. Esas son las obras poderosas de Dios, no los grandes logros externos.

"¿A qué se parece el reino de Dios?" preguntó Jesús. El reino se manifiesta en la vida cotidiana ordinaria y en cómo la vivimos. ¿Podemos aceptar al Dios de la vida cotidiana? Si podemos hacerlo, entonces podemos disfrutar del reino aquí y ahora sin tener que esperar un apocalipsis o que alguien nos libere de nuestras dificultades.

LA MONEDA PERDIDA

“¿Qué mujer, si tiene diez dracmas y pierde una, no enciende la lámpara, barre la casa y busca con cuidado hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, llama a sus amigas y vecinas, y les dice: "Alégrense conmigo, porque encontré la moneda que se me había perdido" (Lucas 15: 8-9)

Esta parábola no es muy diferente a la parábola del grano de mostaza. En esa parábola, como vimos, el Señor parece burlarse de las expectativas populares del Reino como un cedro gigante del Líbano. Es como si Jesús dijera: "Estás buscando un cedro del Líbano, el gran árbol apocalíptico, y todo lo que te pido es que te conviertas en un arbustico insignificante".

Si nos podemos imaginar los rostros atónitos de los oyentes, no es difícil captar la diversión de Jesús ante el derrumbe de su castillo de naipes. Esta parábola continúa en una línea similar.

Cierta mujer ha perdido una moneda. Una dracma era casi lo mismo que un denario, el salario de un día para un trabajador común. No era mucho dinero, pero ella está buscando esta moneda por todas partes, barriendo la casa de arriba a abajo. Algunos de los que la escuchan se emocionan y quieren ayudarla. Cuando finalmente la encuentra, hay una gran alegría. Ella llama a los amigos y los vecinos, y todos se regocijan por haber recuperado esa pequeña suma.

Jesús una vez más contrasta las grandiosas expectativas de la mente popular acerca de cómo espera que aparezca el reino, con la forma en que éste aparece en la realidad. La mujer finalmente encuentra la moneda de poco valor. Hasta ahí llega la intervención de Dios. Es decir, que el reino se identifica con lo ordinario. Ella no se ganó la lotería estatal. Jesús socava las expectativas grandiosas de todo tipo. Por una sencilla razón: lo más probable es que no sucedan.

En las tres parábolas que aparecen en el capítulo 15 de Lucas—el hijo pródigo, la oveja perdida y la moneda perdida—Lucas parece tener la intención de justificar la conducta de Jesús al comer y beber con los pecadores públicos. En su opinión, el propósito de Jesús es llamarlos al arrepentimiento. En realidad, el significado original de los textos, según los exegetas contemporáneos, tiene poco que ver con el arrepentimiento, sino con la naturaleza del reino.



En el Evangelio de Tomás, varias parábolas aparecen en forma diferente a la de los Evangelios sinópticos. Hay una parábola que aparece solo en Tomás. Muchos exégetas piensan que es genuina porque sigue los patrones que son familiares en las parábolas de Jesús: resaltar lo inesperado, socavar las ideas grandiosas acerca del reino e identificarlo con los impuros, los marginados y los parias de la sociedad.

La parábola nos recuerda la historia de la viuda de Sarepta en 1 Reyes 17: 8-15. Había una gran hambruna en su país. El profeta Elías, desesperado del hambre, le pidió a la viuda un bocado de pan y ella le respondió que no tenía nada que darle. El profeta entonces llenó milagrosamente su frasco vacío diciendo; "La tinaja de harina no se agotará, ni el aceite del jarro se acabará, hasta el día en que el Señor haga llover sobre la tierra".

La parábola en el Evangelio de Tomás tiene un final diferente:

El reino de Dios es como una mujer que llevaba una tinaja llena de harina. Mientras caminaba por el camino, todavía a cierta distancia de su casa, se rompió el asa de la tinaja y la harina se vació detrás de ella en el camino. Ella no se dio cuenta. No había notado ningún accidente. Cuando llegó a su casa, colocó en su lugar el frasco y descubrió que estaba vacío. (Tomás, 97)

Esta historia nos dice que el reino de Dios está presente en el fracaso, el accidente y la carencia. En su caso, no hubo ningún profeta que viniera a rescatarla, ninguna intervención divina visible. Sólo hubo accidente, fracaso, cotidianidad, lo ordinario. La enseñanza de Jesús es que ésas son precisamente las situaciones en las que tiene lugar la actividad milagrosa del reino. Eso significa que el reino debe estar activo a un nivel más profundo del que normalmente lo buscamos o esperamos. En ningún nos dice Jesús que *no* hay intervención divina. Simplemente no se encuentra en el nivel en el que nos hubiese gustado que estuviese. En esta extraordinaria parábola, la intervención divina está representada por la vasija vacía.

Esto plantea la pregunta: ¿Está Dios tan presente en la ausencia como en la presencia? O dicho de otro modo: ¿Está la intervención divina siempre ahí apoyándonos, ya sea que lo creamos o no?

La respuesta de las parábolas es un enfático "sí." El reino de Dios está activo en el fracaso, en lo ordinario, en la cotidianidad. Si esperamos un rescate milagroso, un triunfo vengativo o que aparezca algún estilo de vida ideal, estamos buscando el reino equivocado, ciertamente no el que Jesús nos está revelando.



No hay que ir a ningún lugar para encontrar el reino porque siempre está cerca. No necesitamos buscar el éxito porque el reino está igualmente presente en el fracaso. Lo que es desconcertante para los oyentes en ambas parábolas es que el reino no sólo está presente y activo en el fracaso y en la cotidianidad, sino que obra en los impuros, en las prostitutas y en los recaudadores de impuestos, a quienes Jesús extiende la comunión de la mesa.

Según Jesús, Dios es totalmente solidario con la vida cotidiana, con sus lacerantes fracasos tanto en el camino espiritual como en todo lo demás. Por lo tanto, la misericordia de Dios nos invita a mostrar compasión y solidaridad con todos los otros pecadores del mundo, incluso los pecadores públicos y la gente de la calle que, en la parábola del gran banquete, son los únicos que finalmente entran (Lucas 14: 16-24).

El reino no está presente en logros grandiosos, sino en mostrar amor práctico de manera humilde, día tras día, y en negarnos a permitir que nuestros fracasos y decepciones nos oculten el amor que Dios tiene por nosotros. Dios nos invita a compartir el vacío divino. También podríamos describir el vacío divino como vulnerabilidad total: estar dispuestos a ser heridos una y otra vez sin amar menos, sino más. Eso significa que nunca debemos darnos por vencidos con nadie, ni siquiera con nosotros mismos. De tales es el reino de Dios.

LA LEVADURA 1

El reino de Dios es como la levadura que una mujer tomó y mezcló en tres medidas de harina, hasta que fermentó toda la masa. (Mateo 13: 33)

Si el Reino de Dios es como la levadura, la enseñanza de Jesús es absolutamente revolucionaria. En el antiguo mundo israelita, la levadura era símbolo de corrupción. El uso del inglés moderno le ha dado un sentido positivo, de fermentación y nueva vida. Para el pueblo de Israel, la levadura era el arquetipo de la corrupción. Simbolizaba lo impuro, lo profano, la vida cotidiana. El pan sin levadura era el símbolo propio de lo santo, lo sagrado, la fiesta. ¿Por qué se consideraba a la levadura como un símbolo tan vivo de corrupción? En la antigüedad, la levadura se hacía colocando un trozo de pan en un lugar oscuro y húmedo hasta que se pudriera y apestará.

En el relato breve de Jesús, una mujer tomó levadura y la puso en tres medidas de harina, una cantidad suficiente para alimentar a unas 50 personas. Esta es la medida exacta que hallamos en otros lugares de las Escrituras. Abraham ordenó a su esposa Sara que hiciera tres medidas de pan para sus tres visitantes angélicos en el terebinto de Mamré. Ana hizo esta misma ofrenda cuando presentó a Samuel en el templo. La cantidad está relacionada con las epifanías de Dios en el Antiguo Testamento. Pero la epifanía aquí es bastante diferente. Es una epifanía de corrupción. En este caso, la levadura se incorpora a una enorme cantidad de masa y, a su debido tiempo, toda la masa se vuelve leudada. ¿Debemos entender que el Reino de Dios obra, como la levadura en la masa, para formar una gran masa de corrupción?

Los oyentes naturalmente se hacen la pregunta: "¿Está diciendo este hombre que lo bueno es lo malo?" Las parábolas de Jesús funcionan no sólo a través de las semejanzas, sino, como señala Scott, a través de las diferencias. La imagen usual de la levadura como símbolo de corrupción se emplea, en esta parábola, para recalcar el aspecto negativo -o lo que aparenta ser el aspecto negativo- del reino. Por un lado, la parábola cuestiona la suposición ligera de los oyentes acerca de la predictibilidad de lo que es bueno y lo que es malo. Confronta las ideas preconcebidas acerca de dónde se encuentra el bien. En este sentido, es coherente con la parábola del buen samaritano en la que, como veremos, los límites de la estratificación social se subvierten dramáticamente. El samaritano, el epítome del hombre malo para los israelitas, resulta ser un héroe.

En esta parábola, se cuestiona un límite aún más profundo. ¿Puede el mal acaso ser bueno? Recordando la costumbre de Jesús de compartir la mesa con los marginados de la sociedad, el Reino de Dios se revela activo en la gente marginal y los rechazados. ¿Dónde está el Reino si no está en lo santo, lo sagrado y lo aceptable? Jesús, con su ejemplo y su predicación, nos dice: "Búscalos en los lugares más insospechados". Según las parábolas, el reino de Dios es libre de aparecer en cualquier lugar, en cualquier momento y bajo cualquier apariencia. No se ajusta a nuestras presuposiciones o expectativas, y menos aún a nuestras exigencias. De hecho, acaba deliberadamente, punto por punto, con todo lo que sostiene nuestras ideas sobre la naturaleza del reino y dónde se encuentra.



Es posible que una historia ayude a comprender el impactante valor de esa expresión. Una conocida mía en California, con una práctica muy activa y constante de oración contemplativa, experimentó una terrible tragedia. Su único hijo, un joven que acababa de salir de la universidad, con todas las promesas de un futuro brillante, fue asesinado a tiros en la calle sin razón alguna por un sociópata, un hombre que sólo quería matar por el puro placer de ejercer poder absoluto sobre alguien. El asesino fue condenado y enviado a prisión. Por supuesto, la madre estaba destrozada por el asesinato sin sentido de su hijo. La atormentaban muchas preguntas angustiosas: "¿Por qué Dios no hizo algo por evitarlo? ¿Por qué tenía que ser mi hijo? ¿Es esto un castigo por mis pecados? ¿Dios realmente me ama?" Para ella, la tragedia era un mal absoluto, una corrupción monumental.

Después de mucha oración, decidió escribirle a este hombre y decirle que lo perdonaba. Durante un año, no recibió respuesta. Finalmente, le llegó una carta muy escueta reconociendo que había recibido su carta, pero sin la menor señal de remordimiento. Ella le volvió a escribir preguntándole si estaría dispuesto a verla. De nuevo, una espera de aproximadamente un año. Finalmente, llegó una nota diciendo que sí. Condujo en su coche la larga distancia hasta la prisión y, acompañada por la trabajadora social asignada al caso, conoció al asesino de su hijo. Éste pasó la mayor parte del tiempo describiendo, de forma absolutamente inexpresiva, la horrenda infancia que había sufrido. Era un niño no deseado, sujeto continuamente a abusos físicos extremos. Como consecuencia, se había vuelto totalmente antisocial y narcisista. En un momento de la conversación confesó: "¡No puedes imaginar la inmensa alegría que experimenté cuando me paré junto a tu hijo y me di cuenta de que lo había matado!" Era su momento de máximo poder. Por primera vez, un sentido de autoestima, sistemáticamente aplastado por sus experiencias vitales anteriores, lo inundó con la fuerza de un triunfo extático.

La madre se mantuvo firme. Su perdón era inmovible, y ella se lo reafirmó. La trabajadora social estaba estupefacta por el espíritu de esta mujer que podía perdonar tranquilamente a quien le había causado el mayor dolor de su vida. La trabajadora social le escribió algún tiempo después: "Este hombre ha comenzado a cambiar. Muestra un poco más de cortesía y consideración por los otros reclusos".

La mujer se sintió movida a permanecer en contacto con el prisionero. Se ofreció a regresar. Su respuesta inmediata fue conmovedora: "Por favor, no vuelvas. Me temo que si sigues viniendo tendré que enfrentar el dolor insoportable de mi infancia". Su comportamiento antisocial le había permitido mantener una negación absoluta de un pasado que era demasiado doloroso de afrontar. Pero ella volvió. Al final de la entrevista, lo abrazó.

No sé cuál será el resultado final de este intercambio. Ella le sigue escribiendo, sigue visitándolo, sigue sintiendo el dolor de su gran pérdida. En su última entrevista, cuando le dio un abrazo de despedida, le detectó una diminuta lágrima en el rabillo del ojo. En un sentido muy real, ella se ha convertido en su madre. Y él se está convirtiendo en su hijo.



¿Estaba activo el reino de Dios en la corrupción monumental que es parte de este evento? ¿Quizás el cambio de una persona de un estado de inhumanidad total a ser capaz de derramar una lágrima sea una acción de Dios mayor que la santificación de un santo? ¿Quién puede juzgar? Jesús a menudo se identificaba con los marginados de la sociedad, a quienes todos rechazaban, compartiendo una comida con ellos. Evidentemente, el reino de Dios estaba activo ahí. El reino, por supuesto, actúa en todas partes, pero la parábola sugiere que es más poderoso en los marginados y en los eventos que caracterizamos como una maldad absoluta. Hacer surgir una sola lágrima de un corazón de piedra, para nosotros algo casi imperceptible, debe hacer vibrar a toda la creación con alegría y asombro ante el poder del reino y del amor de Dios.

LA LEVADURA 2

El reino de Dios es como la levadura que una mujer tomó y mezcló en tres medidas de harina, hasta que fermentó toda la masa. (Mateo 13: 33)

Jesús dice que el Reino de Dios es como la levadura. En el antiguo mundo mediterráneo, como vimos, la levadura tenía asociaciones muy negativas. Era el arquetipo de la inmundicia y la corrupción. La levadura se hacía poniendo un trozo de pan en un lugar oscuro y húmedo hasta que enmoheciera y apestara. Tanto la levadura como el proceso de fermentación eran símbolos de corrupción.

En la tradición judía, los hombres eran considerados ritualmente puros y las mujeres ritualmente impuras. Como consecuencia, a los rabinos se les prohibía hablar con las mujeres en público. A ningún rabino que diera un sermón formal se le ocurriría citar a una mujer como heroína de alguna historia. Sin embargo, Jesús lo hacía con frecuencia en sus parábolas, ignorando los estereotipos de su época.

En esta parábola, Jesús aborda la idea popular de que el reino de Dios es santo, bueno y triunfante. Por el contrario, el reino resulta estar activo en los marginados y los pobres, quienes en los días de Jesús eran considerados haber sido abandonados por Dios. El estado de pobreza se percibía como un resultado del pecado y, por lo tanto, era símbolo de corrupción. Las calamidades naturales también se consideraban castigos de Dios.

En esta parábola, una mujer toma levadura, el arquetipo de la corrupción, y la esconde en tres medidas de harina, la misma cantidad que Sara usó para hacer pan para los ángeles que visitaron a Abraham en Mamrê. Por lo tanto, en la parábola hay la implicación de una epifanía divina. Además, la enorme cantidad de masa que se fermenta sugiere no solo una corrupción ordinaria, sino una corrupción monumental.

Los oyentes seguramente están pensando: "¿Cómo puede el reino de Dios, que se supone que sea santo, bueno y triunfante, ser como la levadura, el arquetipo de la corrupción? ¿Está dando a entender el predicador que el mal es bueno?"



Permítanme proponer una historia que parece plantear los mismos problemas que esta parábola. El gran arte popular de nuestro tiempo es el cine. De vez en cuando, una de las películas ofrece preguntas similares a las que surgen en las parábolas. Hace algunos años vi una película llamada *Nuestros Hijos*. Trataba de dos madres con dos hijos gay. Una de las madres era una mujer pobre, cuyos antecedentes religiosos fundamentalistas la llevaron a considerar el estilo de vida de su hijo como un tabú absoluto y se había desvinculado por completo de él. La otra mujer era de clase media alta, acomodada y de ideología liberal. Consideraba que se había adaptado bien a la situación. En realidad se encontraba tan airada y resentida como la otra madre, pero a su manera. Era evidente para su hijo que él no era aceptado.

A medida que se desarrolla la trama, el hijo de la mujer pobre se está muriendo de SIDA y anhela volver a ver a su madre, pero tiene miedo de escribirle. Su amigo convence a su propia madre, como un favor especial para él, que visite a la mujer pobre y le pague el viaje para que visite a su hijo moribundo. La madre pobre resulta ser una mujer con los pies en la tierra que ve a través de la negación de la otra madre. *Nuestros Hijos* podría haberse titulado *Nuestro Crecimiento*. Resulta evidente que se está produciendo un proceso de crecimiento simultáneo en las dos madres, a medida que luchan con su humillación común. El comportamiento de los hijos es igualmente negativo para ambas, aunque cada una reacciona de manera diferente.

Finalmente, cuando la mujer pobre viene a ver a su hijo moribundo, le hace varias visitas, pero cada vez se queda cerca de la puerta. Hay algo dentro de ella que permanece temeroso e irreconciliable. El hijo se debilita cada vez más a medida que se acerca la muerte. Cuando llega el momento de regresar a su casa, viene para una última visita y para despedirse. Esta vez, camina de puntillas con cautela hasta la cama. La cámara se enfoca en su mano mientras ella, cautelosa y lentamente, extiende su mano y toca la de su hijo, alzada hacia ella. Por fin ha superado sus prejuicios y miedos.



El reino de Dios está activo allí donde percibimos una corrupción monumental. Si la madre pobre no hubiese tendido la mano y tocado a su hijo en señal de reconciliación y perdón, ¿qué habría sido de ella? Habría quedado encerrada permanentemente en su propio sistema de seguridad, tratando desesperadamente de protegerse del dolor de la realidad de la situación y de las exigencias del verdadero amor.

La acción divina se sirve de lo que parece corrupción a nuestros ojos para cambiarnos, para abrirnos al reino que está presente donde menos lo esperamos. El reino de Dios está presente y disponible en lo que sucede. El

asunto no es por qué suceden cosas terribles, sino ¿qué vamos a hacer con ellas ahora que están sucediendo? La compasión divina interviene en nuestro favor, pero no en el nivel que queremos que esté o que creemos que está. Actúa poderosamente a un nivel más profundo, en el que la gracia nos permite decir sí a Dios en los acontecimientos de la vida diaria.

Al tender la mano a su hijo, la madre se abre a la salvación de Dios. Al reconciliarse con su hijo, le permite morir en paz. El reino de Dios se manifiesta en la solidaridad con los demás, en la identificación con su desgracia y en amor incondicional. Está más activo en las situaciones que nos parecen representar una corrupción monumental.

La religión judía de la época identificaba la vida cotidiana con la corrupción y lo sagrado con los rituales del templo y las grandes fiestas. Jesús enseña que la vida cotidiana es el lugar de lo sagrado. El templo ya no es el lugar para buscarlo. La vida cotidiana es el escenario donde el reino es más poderoso. El reino está especialmente presente y activo cuando nos enfrentamos a lo que creemos ser corrupción monumental. ¿Qué podemos hacer con eso? Jesús no nos ofrece la respuesta en la parábola. Simplemente nos invita a cuidarnos de predecir, sobre la base de nuestras creencias preestablecidas, lo que es bueno y lo que es malo.

LA LEVADURA 3

El reino de Dios es como la levadura que una mujer tomó y mezcló en tres medidas de harina, hasta que fermentó toda la masa. (Mateo 13: 33)

¿Cómo puede el reino ser como la levadura? La enseñanza de Jesús cuestiona nuestros intentos de discernir lo que es bueno o malo basados en las normas aceptadas acerca de lo sagrado en nuestras respectivas culturas. En la sociedad israelita, el pan con levadura representaba lo profano, lo cotidiano, mientras que el pan sin levadura representaba lo sagrado, el día festivo. Jesús da a entender que el reino de Dios puede aparecer bajo cualquier apariencia, incluso la corrupción. Por eso, Jesús comía con los rechazados, los pecadores y los marginados. De hecho, comía más con ellos que con las autoridades religiosas de su tiempo. Al sentarse a la mesa con los pecadores, lo que en su cultura era una declaración de identificación con su comunidad, Jesús perdía su propia pureza moral.

¿Significaba ese gesto que aprobaba la extorsión, la prostitución y las diversas formas de malos comportamientos de los pecadores públicos? Obviamente, su comunión de la mesa con ellos no significaba aprobación de ningún comportamiento pecaminoso. Lo que su conducta sí revela es que extender la mano en amor, perdón y reconciliación es mucho más importante a los ojos de Dios que la pureza moral.

¿Qué formas podría adoptar la corrupción monumental hoy para nosotros? Podría ser un accidente que resulte en una discapacidad física o mental grave. Podría ser lo que consideramos como la conducta moral impropia de algún ser querido, como en el caso de los dos hijos del capítulo anterior, o podría ser un problema en nuestra propia conciencia. A los ojos del espectador, la situación parece un desastre. En realidad, puede tratarse de una gran bendición, una oportunidad para que Dios nos sane al nivel más profundo.



Un ejemplo extraordinario de corrupción monumental de tipo físico se ejemplifica para mí en la vida de la hija de uno de nuestros vecinos. Esta niña resultó lesionada en un accidente a temprana edad y durante los últimos 22

años ha estado completamente indefensa, requiriendo atención de sus padres las 24 horas del día. No puede alimentarse, vestirse ni hacer nada por sí misma. Simplemente es. Estos padres le han mostrado tanto amor y cuidado a esta niña que parece disfrutar de una sensación de completa seguridad. Cuando la miras a los ojos, tienes la sensación de mirar a los ojos de alguien que no tiene miedo, de alguien que gracias a la devoción heroica de sus padres, ha podido seguir siendo una niña toda su vida, conservando todas las cualidades deliciosas de la niñez. Ella no puede caminar, hablar o mover el cuerpo, pero te mira con total sencillez, y la profundidad de aceptación en sus ojos es como mirar a los ojos de Dios. La aceptación de la tragedia y su respuesta a ella les han permitido a sus padres conectarse con el amor de Dios de una manera extraordinaria.

A la luz de este ejemplo, me aventuro a sugerir que lo que debe cambiar es nuestra actitud hacia lo que consideramos ser corrupción monumental, no la situación misma. Nuestra tendencia, por supuesto, es a querer cambiar la instancia dolorosa o vergonzosa de inmediato. Pero algunas situaciones están diseñadas para transformarnos, y nuestra aceptación marca el lugar donde realmente comienza nuestra redención personal.



Esta parábola de la levadura suena el mismo acorde que luego repercutirá plenamente en la propia experiencia personal que tiene Jesús de lo que es corrupción monumental. Cuando el Hijo de Dios muere en la cruz, ni un solo ángel o ser humano acude en su ayuda. Al Padre de este Hijo, al menos en lo que respecta a la evidencia externa, no podría importarle menos lo que pueda sucederle. Jesús es rechazado por las autoridades civiles y religiosas, por su propio pueblo y abandonado por sus discípulos. Desde la cruz fue testigo de la destrucción de su vida y su enseñanza.

Nuestra experiencia de abandono, la aparente ausencia de Dios en el camino espiritual, junto con nuestras tentaciones y la tendencia a un fracaso moral que nos atemoriza, pueden ser, en realidad, una poderosa manifestación del reino, según la extraordinaria inversión de valores que Jesús propone como la vía que conduce a la perfecta alegría y la libertad.

Pocas personas han entendido esta enseñanza. San Francisco de Asís fue uno de esos pocos. Hay una historia en la que uno de sus discípulos predilectos, el hermano León, le pregunta qué es la perfecta felicidad. San Francisco le responde: “Supón que llegas, con frío y con hambre, a la puerta de un monasterio en una noche de nieve y el portero te da un portazo en la cara. De pie en la nieve, temblando, suplicas clemencia. El portero sale y te golpea con un palo. ¡Ah! hermano León, ésa es la felicidad perfecta.”

El reino de Dios no opera al nivel de las apariencias, y raramente al nivel de las señales y prodigios. Pero la aparente ausencia de Dios en la vida cotidiana no significa que la intervención divina no esté presente. Por el contrario, está presente de manera muy real pero oculta. El reino manifiesta su poder incomparable cambiando nuestras disposiciones y actitudes internas. Es posible que no ocurra una gran liberación ni una conversión sensacional, sino que sólo se manifiesten pequeños cambios que mejoren la forma en que reaccionamos a las mismas viejas rutinas y a nuestros errores acostumbrados.

Dios no está limitado por nuestras ideas acerca de dónde puede estar o no estar funcionando el reino. Como vimos en la parábola del fariseo y el publicano, claramente no se limita a los lugares sagrados. Se enfoca en la vida cotidiana. Más precisamente, está presente en las situaciones aparentemente corruptoras de la vida cotidiana. En realidad, la parábola implica que el poder del reino está más activo allí que en cualquier otro lugar.

Dios se reserva el derecho de aparecer bajo cualquier aspecto, pero como nuestro egocentrismo está tan profundamente arraigado, a lo mejor se necesita una corrupción monumental de algún tipo para que comencemos a cuestionar nuestras actitudes y motivaciones. Esto es lo que debe cambiar, no necesariamente la situación.

¿Quién es este Dios cuyo mandato principal es que nos perdonemos y mostremos amor los unos a los otros? Si Dios nos ama infinitamente, Dios debe estar totalmente involucrado en nuestro melodrama moral. Creemos, de hecho, que Dios ha asumido en sí mismo, en la persona de Jesucristo, toda nuestra pecaminosidad, es decir, toda nuestra experiencia de corrupción monumental y sus consecuencias en nuestras vidas. En otras palabras, Dios espera que sigamos confiando en Él implícitamente, incluso ante nuestra propia corrupción moral monumental. En un poema de Thomas Merton, se hace la pregunta "¿Quién es Dios?" La respuesta es: "Misericordia, dentro de la misericordia, dentro de la misericordia".

LA LEVADURA 4

El reino de Dios es como la levadura que una mujer tomó y mezcló en tres medidas de harina, hasta que fermentó toda la masa. (Mateo 13: 33)

Es característico de las parábolas hacer la pregunta: "¿Qué te hace pensar que el mundo es como tú lo ves?"

En la mente de los oyentes judíos de la época, el reino de Dios tenía ciertas connotaciones, sugiriendo el triunfo final de Dios en el mundo. El reino, como lo ve Jesús, resulta ser muy diferente. La vida y la muerte de Jesús, en la que Dios no interviene, indica que el reino de Dios no se encuentra en hechos milagrosos, en ser rescatados de los resultados inevitables de nuestra estupidez y nuestras fechorías, en tener todas nuestras necesidades ampliamente cubiertas, o ni siquiera en superar nuestros pecados, sino en vivir nuestras vidas en unión con Dios.

Según las parábolas, Dios se solidariza completamente con los marginados de la sociedad. Jesús rechaza la idea de que la solución al problema de vivir en este mundo sea el escape a un estilo de vida ideal o aislarse de las dificultades de la vida. La solución no reside en alejarnos de nuestros problemas, sino en darnos cuenta de que Dios está totalmente presente y apoyándonos en ellos. El ejemplo más llamativo de esto es que Dios no destruye la muerte, sino que se une a nosotros en la muerte. Nuestras expectativas de convertirnos en modelos de piedad, en grandes contemplativos que alcancen etapas superiores de consciencia—todo ello sutilmente dirigido a llevarnos más allá de los problemas diarios de la vida ordinaria—no constituyen el camino hacia el reino. Más bien, el reino consiste en encontrar a Dios en nuestras desilusiones, fracasos, problemas, e incluso en nuestra incapacidad para deshacernos de nuestros vicios.



Me uní a los trapenses en 1944, mucho antes de las reformas del Concilio Vaticano II. Después de haber vivido una estricta vida monástica durante seis años, en los que seguí todas las reglas, estuve presente en todos los ejercicios espirituales, nunca me quedé dormido ni comí más de la cuenta, usé el hábito religioso todo el tiempo, incluso en la cama, trataba de no juzgar a los que no guardaban la regla tan bien como yo, rara vez hablaba con nadie excepto con el abad y el maestro de novicios, trabajaba duro, escribía a casa solo una o dos veces al año, rara vez recibía la visita de familiares y amigos; en resumen, después de haber practicado fielmente todas las austeridades de la orden trapense, el monasterio se incendió. Iba respirando humo mientras bajaba las escaleras del dormitorio a la casa de huéspedes—no había otro medio de escape—hacia la fuente del fuego. El edificio era una verdadera trampa de fuego. Si no hubiese sido porque alguien me gritó: “¡Mantente cercano al piso y ven para acá!” habría muerto por inhalación de humo. Salté de una ventana en el primer piso y aterricé en un banco de nieve. Fue entonces cuando me llegó la idea: "Tal vez Dios no está tan interesado como yo en este estilo de vida altamente estructurado."

Me tomó otros 20 años interiorizar esa idea en mi visión monástica. Es difícil que una percepción como esa pueda penetrar una mentalidad profundamente condicionada culturalmente, lo que es ciertamente el caso en cualquier modo de formación religiosa estricta. Es posible que necesitemos decepciones, tragedias, enfermedades, la pérdida de un amigo y experiencias cercanas a la muerte para poder liberarnos.

Las parábolas realizan un servicio similar. Sugieren que nuestra idea del reino a lo mejor no es la correcta. Nuestras ideas de Dios y del reino necesitan expandirse y crecer continuamente. Dios está tan presente en las relaciones humanas y en la naturaleza como en los servicios religiosos. Si bien los rituales religiosos ciertamente tienen un valor significativo, no deben identificarse con el reino. Porque el reino de Dios está en las actitudes internas más que en las observancias externas. Según la parábola del fariseo y el publicano, el reino de Dios está más disponible en la vida cotidiana, con sus rutinas, fracasos, decepciones, alegrías y éxitos que en los lugares sagrados, santuarios y rituales. Se hace presente para nosotros y en nosotros por medio de nuestro consentimiento y por las disposiciones que el Espíritu Santo nos infunde, y por encima de todas está la fe en que Dios está interviniendo verdadera y secretamente para sanarnos, a pesar de que no sea evidente.



¿Estaba Dios presente en Jesús cuando lo abandonó en la cruz? ¿Está con nosotros mientras luchamos con la tragedia o con situaciones imposibles? Los mitos apocalípticos buscan un salvador para resolver todos los problemas. Pero resolver todos los problemas es no comprender. El reino se manifiesta mediante nuestra actitud ante nuestros problemas, no porque éstos desaparezcan. Es así como Jesús santifica a los marginados y a lo que hay de marginado en nosotros.

¿Qué idea del reino comienza a surgir cuando escuchamos atentamente la parábola de la levadura? Es que la levadura, la corrupción moral, no siempre es reemplazada por panes sin levadura, símbolo de lo santo; que los problemas diarios normalmente no cambian mediante alguna intervención divina que seamos capaces de ver o sentir. La esperanza es la gracia que confía en Dios en medio de la cotidianidad, con sus recurrentes viajes a ninguna parte y el reciclaje de las mismas viejas tentaciones. Lo que nos queda es la esperanza de la transformación, pero sin ninguna experiencia de que ésta se esté produciendo.

LA HIGUERA ESTÉRIL

Un hombre tenía una higuera plantada en su viña. Fue a buscar frutos y no encontró. Le dijo entonces al viñador: "Hace tres años que vengo a buscar frutos en esta higuera y no los encuentro. Córdala, ¿para qué malgastar la tierra?". Pero él respondió: "Señor, déjala todavía este año; yo removeré la tierra alrededor de ella y la abonaré con estiércol. Puede ser que así dé frutos en adelante. Si no, la cortarás" (Lucas 13: 6-9)

La parábola de la higuera estéril recuerda el tema recurrente en el Antiguo Testamento de la esterilidad fecundada por la intervención directa del Señor. El nacimiento de Juan el Bautista es el ejemplo clásico. Su madre, por el poder de Dios, concibió en su vejez y, ante el asombro de todos, dio a luz al niño que sería el mayor de los profetas. Raquel, la amada de Isaac, lo mismo que Sara, la esposa de Abraham, también era estéril hasta que Dios la hizo fecunda.

La expectativa de los oyentes originales de esta parábola, entonces, sería que Dios intervendría y convertiría este árbol miserable que no ha producido ningún fruto durante tres años en un árbol floreciente que produciría una superabundancia de higos. En el Antiguo Testamento, la higuera era símbolo de la bendición de Dios y de su amor especial por su pueblo.

El jardinero sugiere poner un poco de estiércol alrededor de la planta enferma. ¡Un toque delicado! El texto usa una palabra más refinada "estiércol", pero el significado real es más cercano a "excremento". Ésta no es una palabra muy decorosa en el discurso religioso, pero Jesús no dudó en usarla. Agrega cierta terrenidad, cierto olor, a la historia.

¿Qué nos queda al final de esta parábola? Un árbol que no sirve para nada. El jardinero se ofrece a palear estiércol a su alrededor, pero no hay indicios de que realmente vaya a crecer. Este árbol y su dilema son símbolos notables de la vida diaria, especialmente cuando nuestros esfuerzos por hacer el bien fracasan o parecen infructuosos, nuestros períodos de oración están secos como el polvo y nunca pasa nada. Además, no hay sentido de la presencia de Dios en la vida diaria, no hay experiencia de iluminación, mientras que, al mismo tiempo, nuestras faltas continúan, la gente nos culpa injustamente y las desilusiones se multiplican. Nuestra vida espiritual parece estar muerta. ¿Qué debemos hacer? La parábola parece decir: "Sigue esperando."

La parábola insinúa que no importa si no tenemos éxito en nuestra propia estimación o en la de los demás. La presencia divina está tan presente que

nada nos la puede quitar. Por supuesto, todavía podemos rechazar a Dios, pero alguien que lo esté buscando no es probable que lo haga. Cuando nos damos cuenta de la cercanía de Dios, el éxito y el fracaso se relativizan. Simplemente hacemos lo que podemos: es decir, echamos un poco de estiércol, símbolo de nuestro esfuerzo infructuoso, sobre el palo viejo. Por supuesto que no va a crecer, porque está muerto. Pero de alguna manera misteriosa, debido a la solidaridad de Dios con nosotros en la vida cotidiana, sucede algo mucho más importante.

Esta parábola aborda algo muy profundo en la naturaleza humana y en lo mejor de las personas. Es la pregunta desconcertante: "¿Por qué, cuando hago todo lo que puedo por orar, hacer el bien y tratar de acercarme a Dios, hago sacrificios por los demás y soporto todo tipo de pruebas, estoy tan acosado por los problemas, me quiebro un brazo o una pierna, aparece una enfermedad debilitante, pierdo a un ser querido, paso por un divorcio doloroso, vivo al borde de la ruina financiera o caigo en alguna adicción?" En otras palabras, "¿Son las vicisitudes de la vida señales del castigo de Dios por mis fallas morales, o son simplemente formas de probar mi paciencia? ¿Puedo esperar que Dios eventualmente me recompense con un alto estado de perfección o me rescate de mis problemas por medio de una liberación apocalíptica?"

La parábola sugiere que Jesús no recomienda que contemos con ninguna de esas expectativas. Mientras tanto, buscamos desesperadamente en qué apoyarnos ante las dificultades, los reveses y los desengaños.



A la luz de las parábolas, es un error querer llegar a un estado místico que podamos sentir, comprender y disfrutar, algo que fácilmente conduce a la tentación de sentirnos superiores a los demás. Jesús en ninguna parte representa la unión mística como la meta del reino, menos aún la oración de quietud o la oración de unión. Y menos aún, diversas intervenciones sobrenaturales tales como locuciones, éxtasis, visiones, dones carismáticos y euforias espirituales. Todo esto alimenta la idea ingenua de que el reino de Dios nos resolverá todos los problemas y nos pondrá en un lugar más allá de lo cotidiano, lo normal y lo práctico. En resumen, que el propósito del reino es hacer que "yo" me sienta especial. *Somos* especiales, pero no por esas cosas. Lo especial de nosotros es la increíble solidaridad de Dios con nuestras vidas ordinarias: con nuestro sentido de fracaso, futilidad, de no llegar a ninguna parte espiritualmente, así como nuestra falta de recursos internos para hacer frente a nuestras dificultades específicas. En las parábolas, la vida diaria es tan claramente el lugar donde el reino opera que los símbolos de éxito son totalmente irrelevantes. Son como la guinda de un pastel. No podemos vivir de

la guinda, necesitamos alimentos más sustanciosos. La confianza en Dios hace caso omiso de la aparente evidencia que nos transmite la vida cotidiana de que Dios está ausente, o que se ha olvidado de nosotros. y nos pone en contacto directo con el Dios de cada día. El Dios de la fe pura está tan cerca: más cerca que respirar, más cerca que pensar, más cerca que elegir, más cerca que la consciencia misma.

Una fe iluminada parece ser muy ordinaria. Apenas la podemos notar. Acepta las cosas como son y encuentra a Dios vibrantemente presente en las situaciones más insignificantes y bajo los disfraces más inesperados. El estiércol de esta parábola es símbolo de la esperanza humilde que sigue confiando en Dios sin tratar de analizar o resolver la tensión entre las duras realidades de la vida cotidiana y la soberanía de Dios.

En un mundo en el que Dios parece estar ausente, las personas tienen que inventarse situaciones ideales para ayudarse a sobrevivir. Por eso, los poetas y los videntes elaboran mitos, uno de los cuales, al menos para las personas religiosas, es pasar a un mundo de perfección moral, sabiduría y felicidad. El otro es esperar la reivindicación apocalíptica de nuestra nación, raza, etnia, religión o de nuestra propia reputación destartada.



¿Ofrecen la muerte y resurrección de Jesús un nuevo mito que nos permite escapar mediante el acceso a un estado idealizado de perfección o a alguna liberación apocalíptica? Las parábolas nos dicen que no. Tampoco los relatos de la crucifixión en los evangelios sinópticos, en los que el abandono de Jesús por parte del Padre—"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"— parece cuestionar su identidad misma como Hijo de Dios.

El vacío divino de Jesús es el punto en el que se hacen mayores el poder y la misericordia del reino. Experimentamos el mismo vacío divino en nuestra vida diaria mientras esperamos que suceda algo que arregle todo lo que parece estar mal en nuestro entorno particular o en nosotros mismos. Jesús en las parábolas afirma: "El reino está justo donde estás, con tu montón de dificultades, tu sensación de no llegar a ninguna parte y esperando que ocurran experiencias en la oración que nunca llegan". La unión divina no es el logro de la perfección propia ni escapar de los problemas externos, sino un cambio radical de actitud que nos permite enfrentar eficazmente nuestras debilidades y nuestros problemas—la humilde aceptación de nuestras vidas tal y como son, incluso de la corrupción moral monumental que quizá encontremos en nosotros mismos.

Esta experiencia de fracaso puede causar bastante decepción y desilusión. Pero la pregunta que debemos hacernos es: ¿desilusión de qué? La respuesta generalmente se encuentra en expectativas profundamente arraigadas en nosotros, por supuesto. El amor divino normalmente no va a cambiar la situación por medio de algún gran milagro. El amor divino está tratando de cambiarnos a nosotros, para que podamos unirnos con valentía y amor a Dios en la situación.

Es un error, pues, buscar experiencias espirituales en la oración contemplativa o juzgar nuestro progreso basados en ellas. La esencia de la oración contemplativa no es la experiencia espiritual, sino la purificación del inconsciente. Ese proceso, por lo general bastante largo, es lo que radicalmente cambia nuestras actitudes y nos permite vernos como verdaderamente somos. No debemos presentar la contemplación como un camino a la gloria. Es fácil apearse a las experiencias espirituales. La práctica regular de la oración contemplativa inicia la purificación del inconsciente con todo su dolor emocional reprimido: ira, vergüenza, pena, miedo, desánimo. Por lo tanto, lo más probable es que nuestra experiencia no sea la de una abundante cosecha de deliciosos higos, sino más bien la del estiércol.

Cuidar del jardín es la primera tarea que se le confió a Adán en el Edén y es símbolo de lo que es el trabajo de todos: palear estiércol para hacer florecer la higuera estéril (nosotros). Nunca florecerá debido al estiércol, pero Dios, conmovido por nuestro esfuerzo perseverante y nuestra resistencia paciente, puede hacer que florezca de todos modos—no debido a nuestro esfuerzo y paciencia, sino por el tiernísimo amor que tiene Dios por nosotros.

¿Qué sucedería con la higuera estéril si no hubiera nadie como este jardinero atento, que se interesa por ella y trata de salvarla?

Parte Dos

DIOS AMA INFINITAMENTE Y POR SIEMPRE



EL HIJO PRÓDIGO 1

“Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos le dijo a su padre: "Padre, dame la parte de herencia que me corresponde". Y el padre les repartió sus bienes. Pocos días después, el hijo menor recogió todo lo que tenía y se fue a un país lejano, donde malgastó sus bienes en una vida licenciosa. Ya había gastado todo cuando sobrevino mucha miseria en aquel país, y comenzó a sufrir privaciones. Entonces se puso al servicio de uno de los habitantes de esa región, que lo envió a su campo para cuidar cerdos. Él hubiera deseado calmar su hambre con las bellotas que comían los cerdos, pero nadie se las daba. Entonces recapacitó y dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo estoy aquí muriéndome de hambre!". Ahora mismo iré a la casa de mi padre y le diré: "Padre, pequé contra el cielo y contra ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros". Entonces partió y volvió a la casa de su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó. El joven le dijo: "Padre, pequé contra el cielo y contra ti; no merezco ser llamado hijo tuyo". Pero el padre les dijo a sus servidores: "Traigan enseguida la mejor ropa y vístanlo, pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero cebado y mátenlo. Comamos y festejemos, porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado". Y comenzó la fiesta” (Lucas 15: 11-24)

Aquí vemos a un joven emocionalmente decidido a pasarla bien. Había estado ahorrando su dinero y ahora tiene, además, la herencia que pedía. Su búsqueda de la felicidad se centra en el placer, el afecto y la estima. De modo que reúne sus posesiones y se encamina a vivir la buena vida. Aunque persiste en su prolongada aventura, su programa emocional basado en el placer no le funciona tan bien como esperaba. En medio de su deleite se desata una gran hambruna. Pierde todo su dinero, sus amigos lo abandonan y no tiene qué comer. Desesperado, acepta el trabajo de cuidar una pocilga de cerdos. En la cultura local, ésa era la forma más baja de ganarse la vida. En ese momento, recuerda lo bien alimentados que están todos en su casa, incluidos los sirvientes. Nótese que su motivo para regresar no es el mejor. Su razón principal es que su programa para lograr la felicidad, basado en el placer, no es viable.

Esta parábola nos dice que nos relacionamos con un Dios que se preocupa infinitamente por sus criaturas. El padre del pródigo estuvo esperando durante años que su hijo despertara y se diera cuenta de que la felicidad no se encuentra en la búsqueda del placer. Cuando ve que regresa a casa, se

conmueve profundamente. Es más, se emociona tanto al ver a este muchacho desaliñado camino a casa, que se olvida de la forma mezquina en que éste lo trató cuando se fue con su parte de la herencia. Sale corriendo a encontrarlo y lo colma de toda clase de bienvenidas.

Esta parábola está dirigida a las personas que viven una vida que el público, en general, considera de mala reputación. La mayoría de los pecadores, a un nivel profundo, son inseguros, se sienten solos y, por lo general, actúan basados en el daño que se les hizo en sus primeros años de vida. Su conducta real no es tanto lo que escogieron, como el resultado de intentos desesperados de lidiar con el abrumador trauma emocional que les infligieron los adultos a una edad en la que no podían manejarlo. La única preocupación de este padre es reincorporar a su hijo. La esperanza del hijo es conseguir un puesto entre los jornaleros, donde conseguiría lo suficiente para comer. Ésa es la dimensión de su confianza en su padre. La recepción que recibió debe haberle causado estupor. De repente se da cuenta de que nunca entendió a su padre o el alcance del amor que tiene su padre por él, que nunca comprendió la preocupación y la profundidad del perdón de su padre.



Esta parábola está dirigida al corazón de las personas que han perdido la esperanza y cuya desesperación se expresa en la repetición constante de estilos de vida que no pueden traer la felicidad. Al mismo tiempo, están atrapados en ellos porque no conocen la felicidad que se encuentra en la amistad con Dios, que los sacaría del círculo vicioso del deseo, la gratificación y la frustración: el ciclo sin fin del ansia y la decepción. El padre estaba dispuesto a perdonar y olvidar todo en su alegría de encontrar al hijo que se le había perdido. Ir a un país lejano en busca de la felicidad es una tragedia, porque la verdadera seguridad, la independencia y el cariño estaban presentes en la casa de su padre y el hijo pródigo no lo sabía.

Los pecadores que escuchan a Jesús están siendo invitados al mismo perdón sin límites. No es el mérito lo que nos conduce a la amistad con este padre, sino consentir a su infinita bondad y solicitud. ¿Qué hacemos después de haber regresado a casa, después de haber optado una vez más por vivir bajo la mirada infinitamente tierna de Dios, en lugar de escondernos de ella? ¿Qué hacemos con los sentimientos de codicia, soberbia, vanagloria, celos, envidia, lujuria, querer manipular a los demás o, en definitiva, con todo el mundo de egoísmo que no pertenece a la casa del padre?

Este regreso a la casa del padre no es regresar al cielo. Es solo un retorno a la orientación correcta de nuestras vidas, con todo el daño que traemos desde la primera infancia. Una vez que hemos elegido la orientación de vivir en la casa

del padre, símbolo de la presencia de Dios, Jesús se nos une dondequiera que estemos. Los actos de egoísmo, las miradas hacia el pasado, las tendencias regresivas a estados emocionales anteriores son algo que compartimos con Cristo y él con nosotros. Él se identifica con cada detalle de nuestra historia personal. En vez de pensar que estamos alejados de Dios cuando surgen emociones aflitivas, nos damos cuenta de que éstas son combustibles del amor divino. Entonces podemos acogerlas sin identificarnos con ellas, porque las percibimos como heridas que Dios está tratando de sanar.

En esta historia no se dice nada acerca de la madre del joven. El padre parece ser un padre soltero, tanto madre como padre de sus hijos. Quizás la ausencia de la madre era el problema básico del chico desde el momento en que comenzó su vida. Nuestra madre es nuestra primera ventana a Dios, y si esta ventana falta, debido a malentendidos, ausencia física o crianza inadecuada, es difícil abrirla más adelante en la vida. Es posible que la vocación de una madre sea una de las más grandes que existen. Comenzar la vida bien resolvería una enorme cantidad de problemas.

EL REINO DE DIOS 1

(El Tesoro Escondido, la Perla, la Red)

El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en un campo; un hombre lo encuentra, lo vuelve a esconder, y lleno de alegría, vende todo lo que posee y compra el campo. El reino de los cielos se parece también a un negociante que se dedicaba a buscar perlas finas y al encontrar una de gran valor, fue a vender todo lo que tenía y la compró. El reino de los cielos se parece también a una red que se echa al mar y recoge toda clase de peces. Cuando está llena, los pescadores la sacan a la orilla y, sentándose, recogen lo bueno en canastas y tiran lo que no sirve. Así sucederá al fin del mundo: vendrán los ángeles y separarán a los malos de entre los justos, para arrojarlos en el horno ardiente. Allí habrá llanto y rechinar de dientes. ¿Comprendieron todo esto?». «Sí», le respondieron. Entonces agregó: «Todo escriba convertido en discípulo del reino de los cielos se parece a un dueño de casa que saca de sus reservas lo nuevo y lo viejo». Cuando Jesús terminó estas parábolas se alejó de allí. (Mateo 13: 44-53)

Las parábolas de esta serie en Mateo 13, cada una a su manera, reflejan cierta luz acerca del reino de Dios. La primera parábola es sobre alguien que descubrió un tesoro escondido en un campo. En la época del evangelio, esto no era improbable. En el pasado, la gente solía enterrar sus tesoros para protegerlos. Este hombre tuvo la suerte de hallar un cofre con un tesoro mientras araba un campo. Fue y compró el campo.

Otro hombre estaba buscando perlas finas y, cuando encontró una, lo vendió todo y compró esa perla. El reino de Dios es la perla de gran precio o el tesoro escondido en el campo. El reino de Dios es el descubrimiento de la presencia y la acción divinas en nosotros. El reino de Dios es la felicidad. Si encuentras el reino de Dios, no necesitas nada más. Relativiza todos los demás tesoros. Enfoca nuestro sistema de valores. Jesús describe este enfoque en otra parábola con la imagen de un solo ojo. Es la pureza de intención que surge, no debido a nuestro propio esfuerzo, sino mediante el descubrimiento de la presencia divina en nuestro interior. Ése es el regalo, pero no tiene efecto hasta que despertamos a su presencia y nos sometemos a su acción.

La clave de la felicidad es la presencia de Dios como una convicción creciente, como una presencia que integra y penetra toda nuestra actividad, transformando todas las facultades y potencialidades humanas. El verdadero yo es la presencia divina en nosotros, obrando a través de nuestra unicidad particular. La intencionalidad, entonces, es básicamente la orientación hacia el

tesoro que llevamos dentro, hacia la perla de gran precio, que es la conciencia de la presencia y acción divinas en nuestro interior.

Este es el eje de la práctica de la Oración Centrante. No recreamos constantemente nuestra intención. En estas parábolas, las personas no siguieron excavando en busca de tesoros ni compraron la misma perla una y otra vez. Se comprometieron de una vez por todas, debido al valor que vieron en sus descubrimientos. Una vez que hemos elegido el reino de Dios y decidido seguirlo, éste se convierte en la fuente fundamental de la que brotan todas nuestras acciones, en la buena tierra donde crece la semilla divina.

La intencionalidad se conecta con la energía divina en nuestro interior. En la Oración Centrante nos sumergimos en nuestro compromiso con Cristo, en nuestra intención original de comprar la perla y de conectarnos al reino de Dios. No somos nosotros quienes lo iniciamos; más bien consentimos a la presencia y acción de Dios en nosotros. Consentimos a la intencionalidad de Dios. Como dice Pablo: "En amor Él nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad" (Efesios 1: 5). Por lo tanto, la intención que nos permite entrar en el reino de Dios no es una idea brillante de nuestra parte. Es más bien la sumisión a la intencionalidad divina, que nos está llamando al reino.

Cuanto más enfocada esté nuestra intención, más poderosa es. Nuestra intención es sumisión a la intención de Dios. No somos los generadores de nuestras buenas obras ni de nuestra relación con Dios. Percibimos, más bien, que simplemente recibimos la vida divina, que ésta no nos pertenece, pero que nos ha sido confiada si consentimos.



Llegamos ahora a la parábola de la red arrojada al mar, que trajo consigo toda clase de peces. Nótese que no se sacó del mar hasta que se llenó. Esta es una revelación acerca de cómo funciona el reino de Dios. No nos llega empaquetado con nuestro nombre. Evoluciona. La condición humana es como la red llena de peces y de toda clase de trastos que han sido arrojados al mar. Precisamente los trastos son los que el Espíritu separa en las noches oscuras. El Espíritu coloca lo bueno en recipientes y tira el resto. El Espíritu actúa sobre nuestra historia personal capa por capa, conservando los valores de cada etapa y desechando lo que no tiene valor. Esta separación no se produce hasta que el Espíritu nos ha llevado al momento decisivo de la siega, que ocurre cuando la obra del Espíritu de purificar nuestro inconsciente ha llegado a una cierta plenitud. Entonces podemos decir con San Juan de la Cruz: "Mi única actividad es el amor". ¿Qué otro ministerio hay? Cualquier otra cosa que hagamos, a menos que venga de esa intencionalidad, es más o menos ineficaz.

La *Nube del No Saber* hace una distinción entre actos de voluntad y el amor. El amor es la intencionalidad permanente de la que emergen actos particulares de la voluntad. Desde esta perspectiva, cualquier cosa que se haga tiene la eficacia del amor apostólico, término que los primeros padres monásticos usaban para referirse al amor que experimentaron los apóstoles cuando el Espíritu Santo se posesionó de ellos en Pentecostés. Ésa es la fuente de todo verdadero apostolado.

EL REINO DE DIOS 2

El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en un campo; un hombre lo encuentra, lo vuelve a esconder, y lleno de alegría, vende todo lo que posee y compra el campo. El reino de los cielos se parece también a un negociante que se dedicaba a buscar perlas finas y al encontrar una de gran valor, fue a vender todo lo que tenía y la compró. El reino de los cielos se parece también a una red que se echa al mar y recoge toda clase de peces. Cuando está llena, los pescadores la sacan a la orilla y, sentándose, recogen lo bueno en canastas y tiran lo que no sirve. Así sucederá al fin del mundo: vendrán los ángeles y separarán a los malos de entre los justos, para arrojarlos en el horno ardiente. Allí habrá llanto y rechinar de dientes. ¿Comprendieron todo esto?». «Sí», le respondieron. Entonces agregó: «Todo escriba convertido en discípulo del reino de los cielos se parece a un dueño de casa que saca de sus reservas lo nuevo y lo viejo». Cuando Jesús terminó estas parábolas se alejó de allí. (Mateo 13: 44-53).

Cuando Jesús concluyó estas fascinantes parábolas en Mateo 13, preguntó a la multitud con un gran sentido de ironía: "¿Entienden?" Ellos dijeron que sí, luego añadió: *«Todo escriba convertido en discípulo del reino de los cielos se parece a un dueño de casa que saca de sus reservas lo nuevo y lo viejo»*. Algunas personas pueden sacar todo tipo de cosas nuevas, pero muy poco de la tradición, y algunas personas pueden sacar las cosas viejas hasta la saciedad. Ninguno de estos son maestros que Jesús considere aptos para el reino de Dios. La fidelidad a lo viejo y la apertura a lo nuevo fueron magníficamente representadas por el Papa Juan XXIII. Los signos de los tiempos que puso a consideración de los obispos en el Concilio Vaticano son una revelación de Dios tanto como las cosas pasadas hace mucho tiempo. Sólo la tradición viva transmite la vida cristiana plena. La iglesia tiene que integrar constantemente nueva sabiduría, nueva ciencia, nueva información en el evangelio si quiere comunicarlo a las personas de hoy y a la gente de otras culturas. Desafortunadamente, los de poca fe tienden a identificar los valores del evangelio con estructuras o símbolos particulares. Entonces, si se modifica el símbolo, como por ejemplo dar la vuelta al altar o recibir la comunión en la mano, piensan que los valores del evangelio están siendo rechazados.

Es necesario crecer más allá de esta identificación excesiva. Los símbolos antiguos a veces pueden impedir que el valor del evangelio se transmita plenamente en las nuevas circunstancias. Incluso las palabras desarrollan significados opuestos con el tiempo. ¿Podemos acaso decir que Jesús no estaba en continuidad con Moisés y los profetas? Ellos dieron testimonio de él en la montaña. Sin embargo, Jesús se sentía completamente libre en el seguimiento de su tradición. No prestaba atención a las prácticas rabínicas de predicar exclusivamente en las sinagogas y solamente acerca de las Escrituras.



Es, precisamente, la intencionalidad del amor, que va más allá de las reglas, las costumbres y las mentalidades humanas, lo que le permite a la iglesia presentar el mensaje del evangelio en la forma en que pueda ser mejor escuchado en las circunstancias particulares de tiempo y lugar. Cuando esto no ocurre, como leemos una y otra vez en la historia, la iglesia pierde el momento de gracia. En China, el padre jesuita Matteo Ricci intuyó la forma de presentar el evangelio a los budistas. Él era aceptado por la gente. Su influencia fue creciendo. Pero una de las otras órdenes no podía soportar ver triunfar a un misionero jesuita. La historia nos brinda la triste noticia de que lograron obtener de las autoridades romanas la supresión de la misión. Entonces Ricci volvió a casa y con él también el evangelio. Si se le hubiese permitido continuar, ¿quién sabe cuál podría haber sido la historia posterior de China? Ricci estaba adelantado a su época. Tal vez deberíamos decir que ciertas personas en la iglesia estaban atrasadas. O, como diría el Papa Juan XXIII, no sabían leer los signos de los tiempos. Jesús espera que discernamos cómo transmitir el evangelio una vez que lo hayamos absorbido y asimilado a través de la Lectio Divina, la oración y el servicio comunitario.

El reino de Dios incluye una dimensión social, no sólo la purificación de nuestra propia motivación. Implica la capacidad de separar el trigo de la paja. Muchas comunidades religiosas hoy en día están tratando de recuperar su carisma y de discernir para qué fueron enviadas por el Espíritu, y no simplemente seguir haciendo lo que han venido haciendo debido a condiciones históricas. Jesús recomienda este discernimiento para la edificación de su Cuerpo, la iglesia, con la cual tenemos la responsabilidad de compartir lo que se nos ha dado.

EL SEMBRADOR

«Un sembrador salió a sembrar. Al esparcir las semillas, algunas cayeron al borde del camino y los pájaros las comieron. Otras cayeron en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra, y brotaron en seguida, porque la tierra era poco profunda; pero cuando salió el sol, se quemaron y, por falta de raíz, se secaron. Otras cayeron entre espinas, y éstas, al crecer, las ahogaron. Otras cayeron en tierra buena y dieron fruto: unas cien, otras sesenta, otras treinta. ¡El que tenga oídos, que oiga!». (Mateo 13: 3-9)

En la parábola del sembrador, Jesús parece estar refiriéndose a su propia predicación. Parte de la semilla, dice, cae en el camino, es decir, sobre la capa dura del camino que atraviesa el campo, pero que es resistente, no tiene flexibilidad y es casi tan duro como el hormigón. Para traducirlo a términos modernos, la palabra de Dios cae a veces en las aceras de Nueva York o de Amarillo, por mencionar solamente dos grandes ciudades. No hay posibilidad de que la semilla dé frutos porque no puede atravesar el concreto. El concreto representa el nivel de conciencia mítico y los marcos de referencia en los que las personas viven en medio de presuposiciones incuestionables e ideas preconcebidas: el mundo del racismo, el sexismo, los prejuicios y todo tipo de predisposiciones.

Tenemos que dar por sentado que traemos a nuestra escucha de la Palabra de Dios una cierta cantidad de dureza en nuestra conciencia, hecha de los valores y las suposiciones incuestionables de nuestros padres, grupos de compañeros y maestros que absorbimos en la primera infancia, especialmente durante el período de socialización de los 4 a los 10 años. Todas estas poderosas influencias han programado nuestra comprensión de la realidad.

Las parábolas son terremotos que sacuden el piso que está debajo de nuestras presuposiciones y valores prefabricados para que aparezcan algunas grietas en el andén, permitiendo que parte de la semilla caiga entre las grietas y produzca al menos algunas malas hierbas. La perturbación de nuestras ideas preconcebidas no es un desastre: es una necesidad para poder escuchar la palabra de Dios. Por lo tanto, las pruebas que trastornan nuestros valores preconcebidos son un gran regalo de Dios. Observen la concisión de esta frase: "Algunas semillas cayeron en el camino." Se refiere a un obstáculo que enfrentamos para poder escuchar la Palabra de Dios tal como ésta es sembrada, y no según nuestra propia interpretación. La interpretación a menudo no es nuestra, sino que la hemos absorbido de otras personas,

nuestra cultura, nuestro grupo étnico y a través de nuestra formación religiosa inicial.

Veamos el destino de la otra semilla. "Algunas cayeron en terreno pedregoso". Las granjas de Nueva Inglaterra producen una nueva cosecha de rocas cada primavera, sin que importe cuántas se recogieron el año anterior. Por eso hay muros de roca por todas partes en Nueva Inglaterra. Aunque la palabra de Dios pueda recibirse con cierta apertura, no hay ninguna sustancia en el suelo rocoso. La semilla, cuando crece, no puede soportar el viento, el calor y la lluvia. Tal vez esta imagen apunta a aquellas rocas en nosotros, tales como la actividad compulsiva o hábitos que se resisten a cambiar.

Algunas semillas cayeron en tierra fértil, pero ya había otras cosas allí, a saber, espinos, cardos y malas hierbas. Cuando la palabra de Dios comenzó a crecer, fue sofocada por la tentación del dinero, el poder y la búsqueda de placer.

Finalmente, algunas semillas cayeron en buena tierra: sin mucha maleza o zarzas, y con profundidad y una holgura en la que la semilla es capaz de hundir sus raíces. La tierra sugiere receptividad. Las otras tierras también eran receptivas, pero debido a sus diversas formas de resistencia, la palabra no pudo penetrar.



Las parábolas no son moralistas. Nos remueven el piso. Rompen con los valores que aceptamos sin cuestionar y las ideas preconcebidas, y así plantean la pregunta fundamental dirigida a Adán y Eva después de la "caída": "¿Dónde estás?"

La respuesta es que estamos en una de esas cuatro categorías. En las parábolas nos enfrentamos a la realidad de un modo que nos obliga a entrar en nuestro interior y hacernos las preguntas correctas. Queremos hacer el bien y no lo hacemos. No queremos hacer el mal, y lo hacemos. Esa es la situación. La única respuesta es entregar nuestras vidas ingobernables al Poder Superior.

Cuando llegamos a la oración contemplativa, estamos hablando de la semilla divina en su forma más pura. La palabra de Dios se dirige ahora, con cierto vigor, a cada una de esas áreas en nosotros que se asemejan a los diferentes tipos de suelo que Jesús distingue en la parábola. La luz divina ataca todo lo que se resiste en nosotros. Hay algo en nosotros que no quiere dejar ir del todo. Queremos escuchar, pero sólo un poco. Queremos aflojar nuestra corteza, ¡pero todavía no! Sí, estamos abiertos excepto en lo que se refiere a... Queremos ceder, pero ¿lo hacemos? De ahí, la gran pregunta, "¿Dónde estás?" surge con una gran urgencia. ¿Aferrándonos? ¿Resistiendo? ¿Amando las viejas

presuposiciones que parecían brindar cierta seguridad? ¿O todavía encerrados en los programas emocionales para la felicidad?

Dado que no soltamos en algunas áreas, el Terapeuta Divino sigue sacando a relucir los mismos problemas de siempre. Implacablemente. Con ternura, pero con firmeza; consolador, pero también severo a veces. Sigue carcomiéndonos el dolor de darnos cuenta de que tenemos que despedirnos de algo que amamos, de algo a lo que estamos apegados y de lo que dependemos.

¿Cuánto queremos escuchar la palabra de Dios? Ésa es la pregunta. "¿Me aniquilará este enfrentamiento definitivo?" "¿Tendrá que irse mi yo, esa cosa querida que amo tanto, que no me causa más que dolor, pero que es el único yo que conozco?" "¿Dónde estaré?" "¿A dónde iré?"

"¿Dónde estás?"

LA VIUDA Y EL JUEZ INJUSTO

«En una ciudad había un juez que no le temía a Dios ni le importaban los hombres; y en la misma ciudad vivía una viuda que recurría a él, diciéndole: "Te ruego que me hagas justicia contra mi adversario". Durante mucho tiempo el juez se negó, pero después dijo: "Yo no temo a Dios ni me importan los hombres, pero como esta viuda me molesta, le haré justicia para que no venga continuamente a fastidiarme".» Y el Señor dijo: «Oigan lo que dijo este juez injusto. Y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche, aunque los haga esperar? Les aseguro que en un abrir y cerrar de ojos les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?». (Lucas 18: 2-8)

El propósito de esta parábola es motivarnos a orar continuamente y a no desanimarnos, a seguir pidiendo lo que necesitamos. Es un cuento descabellado, con cierto sentido del humor característico de las parábolas. La viuda es símbolo de todos los que están en algún tipo de necesidad. Ella, evidentemente, estaba siendo perseguida por su compañía de seguros y estaba golpeando la puerta de este juez, diciéndole "¡Ayúdeme, ayúdeme, ayúdeme! Necesito ese dinero y esa empresa no quiere dármelo. ¡Háganme justicia!"

Al juez no le importaban ni la justicia, ni Dios, ni la difícil situación de la mujer. Sólo estaba interesado en sí mismo. Ella, finalmente, lo agobió tanto, golpeando su puerta, llamándolo por teléfono, enviándole telegramas, que finalmente dijo, "No aguanto más. Dejaré que gane el caso porque estoy harto de que me persiga día y noche con su insistencia." Esa es una forma humorística de presentar la bondad de Dios. A menudo no pensamos acerca de Dios de esta manera: "Dios responderá si lo molestamos lo suficiente." Es decir, que "dame", "dame", "dame" tiene cierto poder. Según este texto, Jesús dice: "No te rindas. Si ese juez injusto finalmente cedió, ¿no te dará Dios, en su bondad, la ayuda que necesitas si sigues pidiendo?"

¿Por qué Dios no nos responde más prontamente? ¿Por qué tenemos que esperar tanto y por qué no recibimos más de las cosas que pedimos?



Hay otro lugar en la Escritura en el que Jesús parece asumir el papel de un juez severo. Esa es la situación en la que la mujer cananea vino a pedir la curación de su hija. Como Jesús había realizado toda clase de curas milagrosas, ella no esperaba encontrarse con ninguna vacilación. Él no le respondió nada en absoluto, incluso cuando los apóstoles intercedieron por ella. No respondió cuando ella se postró con la nariz en el polvo y le suplicó. Cuando insistió, él la insultó diciéndole que no era posible dar la comida de los niños a los perros. Ella recibió de él silencio, insulto y rechazo. Sin embargo, ella siguió esperando y pidiendo. Por fin le dijo: "No pido mucho, tan solo unas pocas migajas. Olvídate del pan." Esa es la fe que finalmente resquebrajó la armadura de Dios. Jesús exclamó, "¡Tu fe es realmente grande. Puedes tener todo lo que quieras!"

Observen que fue solamente después del silencio, el insulto, el rechazo y el aparente fracaso de su oración que Jesús actuó. Este retraso es una experiencia frecuente en los buscadores sinceros de Dios cuando tienen lo que les parece ser una necesidad muy importante. La cananea simplemente continuó perseverando. Noten que su posición física pasó de estar de pie a arrodillarse y luego postrarse, símbolo, quizás, de que este silencio de Dios estaba realizando una enorme labor constructiva al aumentar su fe y llevarla a la determinación que atravesó todos los obstáculos y tocó el corazón de Dios.

El silencio es una respuesta a la oración. Dios responde no tanto concediendo pedidos individuales, sino cambiándonos desde adentro. La oración no está diseñada para cambiar a Dios o la situación, sino para cambiarnos a nosotros. Si las circunstancias externas son útiles para ese fin, podemos recibir nuestro pedido. Si existe la posibilidad de que nuestra fe crezca en este diálogo misterioso entre nuestras peticiones y el silencio divino, es posible que nuestra petición no sea concedida. En otras palabras, la oración está diseñada para aumentar la fe, que no es una petición de algo en particular, sino la entrega total de nosotros mismos a Dios. La fe significa confiar la totalidad de nuestro ser a la infinita misericordia de Dios. Es una oración continua. Los favores particulares que nos preocupan pertenecen a menudo a un nivel inmaduro de fe. El diálogo entre la mujer cananea y Jesús es también nuestra experiencia de oración a lo largo de un número de años, quizás veinte o treinta, en los que como resultado de la perseverancia, Dios nos lleva a la actitud fundamental de la oración, que no es una petición particular, sino una actitud de receptividad total al mensaje fundamental del universo, que es el amor. Ese mensaje produce el reino, tanto en nosotros como en el exterior. El reino de Dios no está solamente en nosotros; también está en todas partes. Al accederlo en nosotros mismos, podemos percibirlo en cualquier otro lugar.



La fe disuelve la enorme ilusión de la condición humana, que es que Dios está ausente. Esa gran mentira, fuente de toda miseria humana, impide el libre fluir de la vida y el amor divinos en nosotros y en el mundo. El propósito de la oración continua es acceder a lo que es más verdadero en nosotros mismos, es decir, nuestra Fuente divina. Lo divino siempre se está manifestando, aunque fundamentalmente en secreto, a los que caminan en la presencia de Dios y permiten que esta presencia influya en todas sus relaciones.

LOS TRABAJADORES EN LA VIÑA

Porque el Reino de los Cielos se parece a un propietario que salió muy de madrugada a contratar obreros para trabajar en su viña. Trató con ellos un denario por día y los envió a su viña. Volvió a salir a media mañana y, al ver a otros desocupados en la plaza, les dijo: "Vayan ustedes también a mi viña y les pagaré lo que sea justo". Y ellos fueron. Volvió a salir al mediodía y a media tarde, e hizo lo mismo. Al caer la tarde salió de nuevo y, encontrando todavía a otros, les dijo: "¿Cómo se han quedado todo el día aquí, sin hacer nada?". Ellos le respondieron: "Nadie nos ha contratado". Entonces les dijo: "Vayan también ustedes a mi viña". Al terminar el día, el propietario llamó a su mayordomo y le dijo: "Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando por los últimos y terminando por los primeros". Fueron entonces los que habían llegado al caer la tarde y recibieron cada uno un denario. Llegaron después los primeros, creyendo que iban a recibir algo más, pero recibieron igualmente un denario. Y al recibirlo, protestaban contra el propietario, diciendo: "Estos últimos trabajaron nada más que una hora, y tú les das lo mismo que a nosotros, que hemos soportado el peso del trabajo y el calor durante toda la jornada". El propietario le respondió a uno de ellos: "Amigo, no soy injusto contigo, ¿acaso no habíamos tratado en un denario? Toma lo que es tuyo y vete. Quiero dar a este que llega último lo mismo que a ti. ¿No tengo derecho a disponer de mis bienes como me parece? ¿Por qué tomas a mal que yo sea bueno?"

El propietario no era generoso con el salario que ofrecía a los primeros trabajadores, que era sólo un denario, el salario de subsistencia de los campesinos. Trabajaron una jornada de 12 horas bajo un calor abrasador.

A intervalos durante el día, el propietario fue al mercado y contrató a más personas. Estas veces no negoció. Simplemente dijo: "Les pagaré lo que sea justo". No había un contrato, sólo la esperanza de que les dieran una remuneración razonable. A última hora salió de nuevo y se encontró con algunos que habían estado sin hacer nada el día entero. En ese momento, un buen número de ellos probablemente ya habían bebido unas copas. De modo que entraron en el viñedo, recogieron una o dos uvas y llegó el momento de marcharse.

El propietario le dijo al mayordomo: "Paga a los últimos un denario". Esto parece una señal de gran generosidad por parte del patrón, pero su generosidad se agota cuando los que trabajaron todo el día se presentan y sólo obtienen la misma cantidad. Se quejan, porque esperaban recibir más.

El comportamiento del propietario parece injusto. Los que escuchan el relato naturalmente se pondrían del lado de los trabajadores que se sintieron maltratados, a pesar de que recibieron la cantidad que habían contratado. Esta parábola plantea preguntas acerca de las normas de justicia en el reino de Dios. ¿No se les debería haber dado más a los que trabajaron más horas? Evidentemente, la entrada al reino de Dios no es cuestión de mérito.

Las normas humanas de juicio se subvierten en esta parábola. Las normas ordinarias de justicia no pueden explicar cómo funciona el reino. Pablo analiza este problema en profundidad en el tercer capítulo de Romanos, donde señala que Dios no distingue entre las personas. La justificación y la santificación son dones y no tienen nada que ver con el estatus social o el mérito personal. La enseñanza de esta parábola es extremadamente importante para los que se encuentran en el camino espiritual. A través de los siglos, una norma secular de valores se fue introduciendo en la enseñanza cristiana en la forma de un sistema elaborado de merecer recompensas celestiales. Por lo tanto, si fuimos formados en el catolicismo anterior al Vaticano II, por ejemplo, podríamos sentirnos retados o incluso consternados ante esta parábola. Se nos ha enseñado que yendo a misa el domingo, dedicando tiempo a la oración y la lectura espiritual, dando limosna durante la Cuaresma, absteniéndonos de comer carne los viernes, etc., amontonaríamos méritos para cancelar el castigo por nuestros pecados. Esta enseñanza ha sido minimizada desde el Concilio Vaticano II, pero su tentación permanece en pie para las personas que están en el camino espiritual en las diversas religiones, particularmente si su experiencia de oración va bien. Si disfrutamos de favores especiales, podemos vernos en un gran problema. Podríamos caer en la presunción de que nuestras buenas obras han obtenido esos regalos. De ahí la necesidad de confiar en la misericordia de Dios y no en nuestras propias experiencias o logros espirituales.



¿Cómo entramos en el reino si no es algo que podamos ganar? Entramos en el reino no mereciéndolo, sino aceptando la invitación. En la parábola, la gracia está simbolizada por la misteriosa necesidad del amo de casa de reclutar más trabajadores, y parece urgente, manifestado por el hecho de que salía cada par de horas en busca de más obreros. Entraron los que aceptaron su invitación, y al final del día todos recibieron la misma recompensa. La gracia es la necesidad de Dios de responder a nuestra necesidad. La naturaleza interna de Dios se nos manifiesta así. Dios tiene que responder, por así decirlo, a nuestras necesidades. En esta parábola, la respuesta de Dios se dirige a la gente que está de pie en el mercado, ociosa y perdiendo el tiempo, jugando, bebiendo, cotilleando, dormitando o lo que sea.

Jesús, en esta parábola, parece estar tratando de justificar su práctica de llegar a los marginados y pecadores. El comportamiento de éstos no merece nada, pero su necesidad es grande. Es su necesidad a la que él, como hijo de Dios, está respondiendo. Por lo tanto, su comportamiento subvierte nuestra idea acerca de cómo ganar el favor de Dios. Nosotros no lo ganamos. El favor y la misericordia de Dios surgen en proporción directa a nuestra miseria, a nuestra falta de recursos internos y externos. Nuestra necesidad es lo que crea la necesidad de Dios de extendernos la mano, incluso cuando no nos damos cuenta de lo necesitados que estamos realmente.

La invitación de la gracia para entrar en el reino surge una y otra y otra vez. Nadie está obligado a aceptarla. La invitación se extiende debido a la total generosidad y bondad de Dios. La definición misma de la misericordia es que responde a la necesidad. La misericordia infinita, por su propia naturaleza, tiene que responder a la necesidad. El mayor regalo de Dios (su respuesta a nuestra necesidad) es, por supuesto, ofrecernos la vida divina misma. Es por eso que Jesús se acercó a los pecadores públicos. Al manifestar el corazón del Padre, tenía que mostrar la preocupación urgente del Padre por los más necesitados de su gracia y auxilio. La gracia y el auxilio, por supuesto, también son gratuitos para los que se portan bien.

A la gente respetable en general no les gusta esta parábola. Por respetable me refiero a los que observan las normas de la sociedad convencional, pero cuyas acciones están secretamente motivadas por el deseo de aclamación, poder o seguridad. El falso yo se apropia fácilmente de las buenas acciones tan fácilmente como de las que no son tan buenas. En la travesía espiritual debemos estar alerta a nuestra motivación secreta. Aunque el conocimiento propio no cura la enfermedad, al menos nos dispone a trabajar en la curación, porque nos muestra el daño que nos estamos haciendo a nosotros mismos y a los demás. Cuando tratamos de enfrentar el lado oscuro de nuestra personalidad, las motivaciones mezcladas, y el daño que se nos hizo en la primera infancia, nuestra actitud hacia nuestras muy reales limitaciones es más importante que su curación. De hecho, es una parte fundamental de nuestra curación.

La conclusión de esta enseñanza es que el reino no se basa en normas humanas de justicia y equidad, sino en la infinita misericordia de Dios, cuya principal necesidad es responder al estado desesperado de la condición humana.

La condición humana caída es donde el reino está más activo. Somos el pueblo por el que Jesucristo se ha hecho carne para expresar la infinita preocupación del Padre por nuestros pecados y sus consecuencias. El camino espiritual nos permite apreciar cada vez más la gratuidad total de la bondad divina. La aceptación de la invitación es la clave para pertenecer al reino. No somos ninguna maravilla. Reconocemos que Dios es compasión sin límites. Estamos invitados al reino porque Dios es nuestro Padre y nuestra Madre. Por eso,

nuestros propios proyectos de santidad son cuestionables y necesitamos cultivar una disposición de receptividad y apertura al Espíritu Santo. La razón no puede llevarnos ahí. Las buenas obras no nos llevarán ahí. El reino es puro regalo.



El problema de una vida fiel y virtuosa, como señala Scott, es que crea la sensación de haber ganado algo de Dios y, por lo tanto, pierde de vista que se trata de una invitación. La justificación no viene por medio de las buenas obras, sino a través de la generosidad divina. Las buenas obras son esenciales, pero sólo en la medida en que manifiestan nuestra buena voluntad. El progreso espiritual es un puro don de Dios. Dios no está esperando para coronarnos con un halo como recompensa por nuestras buenas obras. Dios espera para perdonarnos nuestros pecados y apretarnos a su corazón como niños pequeños que necesitan desesperadamente de un amor sin límites. Esta parábola anuncia que las normas humanas de juicio no tienen cabida en el reino. Una nueva norma está presente, que es la necesidad infinita de Dios de mostrar misericordia.

EL TESORO ESCONDIDO

El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en un campo; un hombre lo encuentra, lo vuelve a esconder, y lleno de alegría, vende todo lo que posee y compra el campo. (Mateo 13: 44)

La palabra parábola significa "colocado al lado". Entonces, el reino de Dios se conoce al ponerlo junto a ciertos símbolos o signos. A diferencia de un símil, la parábola en realidad *contiene* la verdad revelada por la comparación. Por lo tanto, las parábolas no son sólo comparaciones o algo que se parece a algo más. El reino realmente *es* de la forma en que Jesús lo presenta.

Aquí el reino de Dios se presenta como un tesoro. Esto no es nada raro. En el Libro de la Sabiduría, la sabiduría se contempla como un tesoro que hay que buscar. Pero lo que es poco usual --y problemático-- es lo que sucede en esta parábola una vez que se encuentra el tesoro.

El hombre de esta breve historia probablemente era un jornalero. En aquellos días, la gente no siempre tenía un banco a mano. Debido a las vicisitudes de los tiempos, a veces escondían sus tesoros en un campo, con la esperanza de volver más tarde en un período de paz para desenterrarlos. Por lo tanto, no era extraño que un jornalero que trabajaba en el campo de otra persona encontrara un tesoro enterrado. Este hombre volvió a esconder el tesoro y luego fue y compró el campo. Los oyentes se quedan con el problema de evaluar la moralidad de su conducta. Si él era el dueño del campo, no tendría sentido esconder el tesoro. Si tenía derecho a reclamar el tesoro, ¿por qué lo esconde de nuevo? Claramente hay un elemento de escándalo en su comportamiento.

¿Cómo puede compararse el reino de Dios con un tesoro que da lugar a una conducta tan impropia? En la ley rabínica, si no estaba claro quién era el dueño del tesoro, se suponía que el dueño del campo era el dueño. Evidentemente, este hombre lo escondió porque estaba tratando de ocultarlo a su legítimo dueño.

En la versión más elaborada de esta parábola en el Evangelio de Tomás, después de que el hombre entierra el tesoro, se convierte en prestamista de dinero. Así que podemos pensar, "Encontrar un tesoro enterrado para este hombre debe haber sido como ganar la lotería hoy". Aunque la lotería no es un tesoro escondido y uno nunca espera ganar, de hecho siempre gana alguien. En cualquier caso, esta parábola trata de una situación similar. El tesoro está

ahí antes de que el hombre lo encuentre. Este es un aspecto importante del reino de Dios. Está en el mundo y disponible a través de la predicación del Evangelio. Por lo tanto, podemos encontrarlo sin tener la intención de hacerlo: por accidente, por así decirlo.

La virtud de este hombre no fue probada, sino que simplemente encontró el tesoro. Su capacidad para hacer buen uso de su hallazgo se basaba, por lo tanto, en un fundamento moral inestable. Dios ha tomado un riesgo similar con cada uno de nosotros. El Padre ha hecho disponible el tesoro de la gracia a través de la encarnación de su Hijo, Jesucristo, pero no sabemos cómo usarlo. De hecho, no estamos ni remotamente preparados para las responsabilidades que implica este tesoro. Por lo tanto, podemos usar el tesoro indebidamente, o el tesoro mismo puede convertirse en un escándalo para nosotros.

El hombre de la parábola, en su alegría, fue y vendió todo lo que tenía y compró el campo. Una vez que está escondido de forma segura en el campo, no puede volver a desenterrarlo sin que la gente se pregunte cómo lo consiguió. Aunque tiene el tesoro, está más empobrecido que antes, ya que ahora ha vendido todas sus otras posesiones. Termina con un enorme tesoro con el que no puede hacer nada.

La parábola nos alerta acerca del hecho de que el reino, aunque se nos da como un don puro, no se nos da solamente para nuestro beneficio personal. Compartir este don con los demás es una parte esencial de recibirlo. No hacerlo nos involucrará en algún tipo de escándalo, especialmente si tratamos de usarlo sólo para nosotros mismos.

Como el reino nos llega como un gran tesoro sin que lo hayamos ganado, no lo valoramos como lo haríamos si nos hubiéramos visto obligados a buscarlo. El escándalo, entonces, es que Dios nos da gratuitamente tal abundancia de gracia que no le damos suficiente valor y no comprendemos nuestras responsabilidades para hacer uso de ella para la comunidad. El tesoro, cuando no se usa para otros, se convierte para nosotros en una fuente de escándalo. Si lo usamos por motivos puramente egoístas, todas las formas en que el falso yo se manifiesta en formas mundanas bajo un disfraz religioso o espiritual son ejemplos de cómo el reino puede convertirse en un escándalo.

Esta parábola es un contrapunto a la parábola de los obreros en la viña. Vimos allí que el reino viene como puro regalo. No lo ganamos, sino que lo recibimos. Esta parábola nos recuerda que una vez que hemos recibido el reino, debemos asumir la responsabilidad de compartirlo con los demás. Desde esta perspectiva, la parábola es similar a la parábola de los talentos, en la que alguien a quien el amo de casa confió su dinero lo escondió en la tierra, en lugar de correr el riesgo de ponerlo a producir interés. Fue reprochado como un servidor inútil.

Noten la sutileza de esta enseñanza. Este Dios nuestro, como el padre del hijo pródigo, siempre nos acepta sin que importe lo que hagamos. La generosidad

de Dios es ilimitada, pero esa misma bondad implica un riesgo. El riesgo es que tratemos la misericordia divina como si fuese una gracia barata, porque no hemos hecho nada por buscarla o ganarla.



En las mitologías de las diversas culturas, el héroe siempre es puesto a prueba antes de obtener el tesoro: la joven bella, el Santo Grial o cualquiera que sea la recompensa de la difícil prueba. El héroe tiene que matar al dragón para entrar en la cueva, o dondequiera que esté escondido el tesoro. Todos estos mitos sugieren que no accedemos a los mayores tesoros de la vida sin buscarlos ardentemente y sin pasar por enormes pruebas. Después de pasar por la prueba adecuada, entonces somos capaces de usar el tesoro.

En el cristianismo, el riesgo reside en que el tesoro de la vida eterna nos es dado sin que lo busquemos. Ya está allí. El reino está entre nosotros y en nosotros. Es un tesoro que conlleva nuestra participación en la vida divina, al que ningún otro bien concebible puede compararse. Y, en realidad, la mayor parte de la gente no está interesada. De modo que si alguno de nosotros lo recibe a última hora, sin haber soportado el calor del día, el regalo puede no ser adecuadamente valorado. O si es altamente valorado, podemos usarlo de formas mundanas, bien sea para obtener un beneficio material, como en el caso del hombre del evangelio de Tomás, o simplemente enterrándolo para que nadie más pueda obtenerlo.

Encontrar un tesoro nos exime de la vida cotidiana. Por eso este hombre experimentó tanta alegría, la alegría de encontrar un gran tesoro sin tener que buscarlo y sin tener que trabajar por él. La vida cotidiana, para la mayoría, requiere ganarse la vida. El tesoro nos dispensa de eso. En las parábolas, el milagro siempre es discreto y por lo general implica solo un éxito moderado después de una serie de fracasos. En la parábola del sembrador, oímos inicialmente acerca de tres grandes fracasos antes de que la semilla por fin eche raíz y comience a crecer. Pero el éxito final de la semilla consiste en una cosecha ordinaria, no en la cosecha sobreabundante y grandiosa que acompañaría la idea popular del reino de Dios como triunfante.

El evangelio nos recuerda que lo que nos saca de la vida cotidiana es peligroso. Lo grandioso apela a nuestros programas mundanos de felicidad. Pero el reino no está allí. No está en la lotería, incluso si la ganamos. A la gente le encantan los milagros y lo extraordinario. La verdadera respuesta a este tesoro es descubrir al Dios de todos los días, el Dios de lo ordinario, el Dios que manifiesta el reino en lo impuro y en lo que, a nuestro juicio, puede parecer escandaloso.

Cuando el camino espiritual se convierte en un tesoro interior, queremos dedicar más tiempo a la oración, al silencio y a la soledad. No queremos ser perturbados por las preocupaciones del mundo. No hay nada de malo en este deseo en la debida proporción, pero tratar de mantener la propia paz mental por razones egoístas, evitando los problemas de los demás, es no comprender la responsabilidad principal del reino.



La parábola del tesoro escondido nos recuerda lo que puede suceder si tratamos el don gratuito del reino como algo que es sólo para nosotros, o algo que nos dispensa de los deberes de la vida cotidiana ordinaria y del trabajo de encontrar en ella el reino de Dios. Al compartir el tesoro del reino, aumenta nuestra identificación con él. El reino disuelve la ilusión monumental de que Dios está de alguna manera ausente de nuestras vidas o de nuestra oración. La fe penetra la experiencia psicológica de la oración y los altibajos de la vida cotidiana y nos mantiene orientados hacia Dios en medio de todo lo que sucede. Esto es lo que significa responder al tesoro que nos ha sido dado gratuitamente. Si cometemos algunos errores, no dejemos que eso nos moleste, ni siquiera si hacemos un fiasco de toda nuestra vida. A Dios no le interesa reivindicar derechos, sino persuadirnos de ser misericordiosos los unos con los otros. El Padre que Jesús revela nos ama sin condiciones y sin cansarse nunca de recibirnos cuando fallamos.

Parte Tres

DIOS NO CONOCE DE LÍMITES



EL BUEN SAMARITANO

Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos ladrones, que lo despojaron de todo, lo hirieron y se fueron, dejándolo medio muerto. Casualmente bajaba por el mismo camino un sacerdote: lo vio y siguió de largo. También pasó por allí un levita: lo vio y siguió su camino. Pero un samaritano que viajaba por allí, al pasar junto a él, lo vio y se conmovió. Entonces se acercó y vendó sus heridas, cubriéndolas con aceite y vino; después lo puso sobre su propia montura, lo condujo a un albergue y se encargó de cuidarlo. Al día siguiente, sacó dos denarios y se los dio al dueño del albergue, diciéndole: "Cúidalo, y lo que gastes de más, te lo pagaré al volver." (Lucas 10: 30-35)

Para comprender el significado total de la parábola del Buen Samaritano, debemos estar conscientes de la sociedad jerárquica judía de la época. El sacerdote, el levita y el israelita común o laico eran la tríada familiar de esa sociedad. Las personas, las cosas y los lugares sagrados estaban rigurosamente separados de los profanos. Los que pertenecían a Israel --los de adentro-- se distinguían nítidamente de los que no lo eran --los de afuera--.

Los samaritanos no sólo eran vistos como forasteros, sino como enemigos mortales de la nación de Israel y apóstatas de la religión judía. Procedían de las tribus del norte de Israel y se habían separado del resto de la nación durante el reinado del rey David. Un texto rabínico de la época afirma que "quien come la comida de los samaritanos está comiendo la comida de los cerdos", equiparando así a los samaritanos a los apóstatas del judaísmo. Para la audiencia original de la parábola, un samaritano era el epitome de la máxima corrupción.

Cuando comienza la parábola, escuchamos que un viajero de Jerusalén a Jericó, supuestamente un israelita, ha sido golpeado por ladrones y dejado medio muerto al borde del camino. Vienen entonces los diversos representantes de la estructura jerárquica de esa sociedad. Un sacerdote ve al hombre y pasa de largo. Un levita, un peldaño más abajo en la escala social, también pasa de largo.

No se aborda la razón por la que los dos primeros pasaron sin detenerse junto a la víctima. La ley ordenaba que los sacerdotes y los levitas no debían enterrar a los muertos aparte de sus parientes más cercanos. Pero en este caso el hombre estaba medio muerto, por lo que no tenían excusa para pasar de largo. Los oyentes probablemente no se identificaban con estas dos personas ni con

su conducta despiadada, pero tampoco se sentirían inclinados a identificarse con la víctima. La acumulación del suspenso se enfoca en quién va a ser la siguiente persona en hacer su aparición en el camino. Dados los valores de la sociedad judía de la época, debería ser un laico israelita quien aparezca en el papel de héroe y cure las llagas del hombre herido. De esa forma, todos los oyentes podrían luego regresar a casa reforzados en su forma cultural de ver las cosas.

La trama está diseñada para fomentar la expectativa de un salvador israelita. Pero ¿quién es el que aparece por el camino? Un samaritano, el enemigo mortal de la nación y la religión judías.



Para tener una idea de cuán impactante sería esta inversión de expectativas para los oyentes originales, pudiéramos recordar una película titulada *¿Adivina quién viene a cenar?* En esta película, uno de los protagonistas es editor de un periódico liberal y un vigoroso promotor de los derechos civiles. Su esposa simpatiza completamente con sus puntos de vista liberales. Tienen una bella hija a la que adoran y que los adora a ellos. Un día, la hija anuncia que ha conocido a un joven maravilloso y que acaban de comprometerse. Ella se expresa en voz alta sobre lo mucho que él está de acuerdo con todos los puntos de vista sociales a los que se dedican su padre y su madre. Los padres están entusiasmados y dicen: “¡Bueno, tráelo a cenar; queremos conocerlo!”

Cuando llega el día señalado y la pareja de novios llega a la puerta, la hija entra corriendo primero y abraza a sus queridos padres, exclamando: "¡Estoy loca por que lo conozcan!" La audiencia ha sido conducida al mismo alto grado de expectativa a la que fueron llevados los oyentes de la parábola antes de la aparición del samaritano. En este caso, los padres esperan una maravillosa nueva incorporación a la familia, alguien que los apoye en sus intensas preocupaciones y proyectos sociales. A medida que la cámara enfoca la entrada, entra un fornido, apuesto hombre negro, todo sonrisas y listo para lanzarse a los brazos de sus futuros suegros.

La cámara luego enfoca a los padres. Vemos que la expresión de alegría en sus rostros se desvanece con la rapidez de una noche que desciende a un cañón profundo. El evento ha desencadenado algo muy inquietante para ellos. Está claro que, a nivel consciente, están muy preocupados por los derechos civiles y los problemas sociales, pero a nivel inconsciente, sus valores emocionales de pronto se ven desafiados repentina y severamente. Esta escena plantea inmediatamente la pregunta: ¿Qué tan abiertos están ellos a la igualdad de la raza negra? Claramente, no hasta el punto de dar la bienvenida a un hombre negro a la familia. Su propia identificación y la inversión emocional en los

valores engendrados en ellos por su condicionamiento cultural se les ha ocultado hasta ahora. A nivel consciente, todos están a favor de los derechos civiles. A nivel inconsciente, no están preparados para aceptar la posibilidad de tener nietos transculturales. Llegado el momento de la verdad, reaccionan con horror. Desde la perspectiva de sus valores emocionales más profundos, el joven representa una corrupción monumental. Lo inesperado a menudo nos muestra cuáles son realmente nuestros valores secretos.



Volviendo a la parábola del Buen Samaritano, los oyentes de la historia de Jesús esperan ansiosamente para ver quién sería el próximo viajero camino a Jericó. La forma en que la narrativa está diseñada conduce a la expectativa de que debe ser un laico israelita, que es considerado el peldaño más bajo de la escala social, pero que de todas formas es uno de los suyos y, por lo tanto, es aceptable. ¡Para su horror, el próximo viajero resulta ser un samaritano! Tras el estupor, su primer pensamiento es: "¡Seguramente va a acabar con el pobre hombre!".

El samaritano, sin embargo, comienza a atender al hombre herido, echando aceite y vino en sus heridas. Lo lleva a una posada y paga su estadía. Allí termina la historia, dejando a los oyentes sin poder identificarse con nadie. No pueden identificarse con el sacerdote, el levita o la víctima, y es inconcebible, para la mayor parte de ellos, identificarse con el samaritano. Eso sería aceptar la compasión y el servicio de su enemigo mortal. ¡Una elección imposible! Para estos oyentes, la historia simplemente debe ser falsa o no tiene sentido.

El mensaje que se comunica en esta parábola es que el reino de Dios no conoce de fronteras políticas o religiosas. Los viejos mapas de la sociedad israelita no son relevantes en este nuevo reino, en el reino que Jesús predica. No hay barreras rígidas entre los de adentro y los de afuera. Más increíble aún, el templo de Jerusalén, centro de lo sagrado en la mente popular, ya no es el único criterio de santidad. En la persona del Buen Samaritano, se destruyen las antiguas fronteras sociales y religiosas que han sido universalmente aceptadas e incuestionadas.

Una práctica favorita de las antiguas culturas mediterráneas era establecer criterios para decidir quién estaba dentro y quién estaba fuera del ámbito social. En el reino revelado por Jesús, no hay barreras rígidas entre los de adentro y los de afuera. Esta enseñanza debe haber sonado increíble para la gente de esa época, que no conocía otras categorías de juicio más que las distinciones sociales y religiosas existentes. La gran intuición del cristianismo primitivo fue que el reino de Dios está abierto a todos. Como explica Pablo, "ya

no hay distinción entre judío y gentil, esclavo o libre, hombre o mujer". El reino de Dios está abierto a todos.

La película descrita anteriormente es una parábola moderna que trata básicamente del mismo tema. Las implicaciones de las enseñanzas de Jesús son especialmente aptas en nuestro tiempo, puesto que la humanidad se está moviendo hacia una sociedad global en la que las personas interactúan de todas las formas imaginables: en el contexto económico, social, político, religioso. La interiorización de la enseñanza de Jesús sobre la unidad de la familia humana como la expresión más urgente de la voluntad de Dios, debe eclipsar cualquier otro valor y consideración. De lo contrario, abundarán la violencia, la negación y la hipocresía.

El samaritano de la parábola no fue recompensado. El reino de Dios se manifiesta en mostrar amor, ya sea que se acepte o no o que se aprecie o no su compasión. El amor divino es su propia recompensa. También es irresistible. Sigue fluyendo hasta que encuentre a alguien que lo reciba.

¿Habrían entendido alguna vez los primeros oyentes de Jesús el reino de Dios a menos que el que vino por el camino fuera un samaritano en lugar del esperado israelita? ¿Y superaremos alguna vez nuestras diversas formas de negación a menos que nos enfrentemos a la oposición o la tragedia? El reino de Dios puede ser más activo en lo que nos es más inaceptable, como el lado oscuro de nuestra personalidad y la humillación de reconocer nuestra variedad de motivaciones, incluso en nuestras mejores intenciones y en el servicio a los demás. La gracia nos lleva a estar cada vez más conscientes de que, en determinadas circunstancias, somos capaces de todos los males. Si las circunstancias de nuestra vida se vieran desafiadas por el hambre, una enfermedad grave, o cierto nivel de competencia por el dinero, el prestigio, la posición, el amor o el poder, ¿qué haríamos en realidad?

El samaritano representa lo que consideramos ser una corrupción monumental. Aquí se socavan nuestros valores incuestionados. Nos vemos obligados a reconocer la bondad de los que detestamos o de quienes desconfiamos, quizás incluso a aceptar un servicio compasivo por parte de ellos. El reino de Dios busca entrar en nuestras vidas tal y como todos son. Dios quiere que seamos misericordiosos, que derribemos puertas, ventanas y barreras inútiles de todo tipo. Ese es el mensaje del samaritano, de la persona o evento que nos parece ser el mal absoluto, ése es el disfraz maestro por medio del cual Dios entra en nuestras vidas de la manera más completa posible.

Las parábolas de Jesús dejan a los oyentes con preguntas sin resolver. La parábola del Buen Samaritano plantea la pregunta: "¿Cuál es tu idea del reino de Dios?" La idea que tenía Jesús del reino no coincidía con la que era popular en su época. Según su punto de vista, la estructura social de Palestina en el siglo primero ya no es un vehículo adecuado para transmitir el reino de Dios.

¿Dónde deja eso al oyente? Tal vez con la pregunta: "¿Quiero vivir en ese reino?"

Entrar en el reino de Dios significa moverse más allá de las expectativas sociales. Jesús identifica la acción del reino con la compasión del samaritano. El hecho de que el samaritano no se convierta sugiere que el reino no se limita a actitudes o puntos de vista religiosos. Es más, nuestro supuesto enemigo puede resultar siendo nuestro mayor benefactor.

Según esta parábola, el reino de Dios no tiene fronteras sociales, étnicas, raciales, nacionalistas, económicas o religiosas. No hay personas de adentro y personas de afuera; no hay élites ni personas fuera de la élite, el Abba que Jesús revela es el Dios de toda la especie humana como familia. Todos deben preocuparse por todos los demás. Lo único que importa es el amor incondicional.

EL HIJO PRÓDIGO 2

“Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos le dijo a su padre: “Padre, dame la parte de herencia que me corresponde”. Y el padre les repartió sus bienes. Pocos días después, el hijo menor recogió todo lo que tenía y se fue a un país lejano, donde malgastó sus bienes en una vida licenciosa. Ya había gastado todo, cuando sobrevino mucha miseria en aquel país, y comenzó a sufrir privaciones. Entonces se puso al servicio de uno de los habitantes de esa región, que lo envió a su campo para cuidar cerdos. Él hubiera deseado calmar su hambre con las bellotas que comían los cerdos, pero nadie se las daba. Entonces recapacitó y dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo estoy aquí muriéndome de hambre!”. Ahora mismo iré a la casa de mi padre y le diré: “Padre, pequé contra el cielo y contra ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros”. Entonces partió y volvió a la casa de su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó. El joven le dijo: “Padre, pequé contra el cielo y contra ti; no merezco ser llamado hijo tuyo”. Pero el padre les dijo a sus servidores: “Traigan enseguida la mejor ropa y vístanlo, pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero cebado y mátenlo. Comamos y festejemos, porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado”. Y comenzó la fiesta.” El hijo mayor estaba en el campo. Al volver, ya cerca de la casa, oyó la música y los coros que acompañaban la danza y llamando a uno de los sirvientes, le preguntó que significaba eso. Él le respondió: “Tu hermano ha regresado, y tu padre hizo matar el ternero cebado, porque lo ha recobrado sano y salvo”. Él se enojó y no quiso entrar. Su padre salió para rogarle que entrara, pero él le respondió: “Hace tantos años que te sirvo sin haber desobedecido jamás ni una sola de tus órdenes, y nunca me diste ni un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos. ¡Y ahora que ese hijo tuyo ha vuelto, después de haber gastado tus bienes con mujeres, haces matar para él el ternero cebado!”. Pero el padre le dijo: “Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo. Es justo que haya fiesta y alegría, porque tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado”. (Lucas 15: 11-32)

Esta parábola tiene lugar en el contexto de una sociedad en la que a cada uno se le asignaba un lugar fijo en la estructura de clases. En esa sociedad, el padre era el representante de la ley. La herencia era de suma importancia y estaba regida por un código legal y mantenido por reglas estrictas. El papel del padre era proteger tanto el honor de la familia como la herencia. La herencia

podía dividirse antes de su muerte, pero en ese caso, era deber de los hijos apartar los fondos adecuados para cuidar de él en su vejez.

La historia comienza con la conducta escandalosa del hijo menor que exige su herencia antes de tiempo y luego, habiéndola recibido, se va a vivir la buena vida. Nos enteramos de su degradación progresiva. Finalmente termina en un total desastre. Una hambruna se abate sobre el país y no tiene qué comer. Para evitar morir de hambre, acepta un trabajo cuidando cerdos, una ocupación que se consideraba una apostasía de la religión judía. Comer cerdo era uno de sus tabúes religiosos. En resumen, el pródigo toca fondo desde todo punto de vista.

La pobreza del pródigo se describe en términos de una falta desesperada de alimentos. La alimentación pertenecía a la función materna en esta sociedad, pero no hay ninguna madre en esta historia. Tal vez ése era su problema. Tiene hambre y recuerda lo bien alimentados que estaban los sirvientes en la casa de su padre. Surge el pensamiento: "Regresaré a la casa de mi padre. No pediré ser su hijo. Si pudiera solamente ser uno de los jornaleros, tendría algo de comer".

Empieza a caminar de regreso en harapos y oliendo muy mal debido a sus cargos en la pocilga. Ha puesto en peligro la posición económica de la familia y ha puesto en riesgo a su padre al disipar con extranjeros esa parte de su herencia que le pertenecía por derecho a su padre en su vejez. Además de la flagrante ingratitud, ha añadido el pecado de la injusticia.

Evidentemente, su padre vigila el camino y se siente abrumado por una alegría sin límites cuando ve que su hijo andrajoso regresa a casa. Sale corriendo y lo cubre con abrazos y besos cariñosos. Esta libre expresión de amor está totalmente fuera de lugar para un padre en esta sociedad patriarcal. En el único otro lugar en las Escrituras donde se usa ese término, "José se echó sobre el cuello de sus hermanos y los besó cariñosamente" (Génesis 45: 14-15).

He aquí, entonces, un padre que desprecia su honor, la herencia y las normas patriarcales de la época y actúa como una madre. Cuando el hijo pródigo reconoce su pecado, el padre ni siquiera escucha su discurso cuidadosamente preparado y la parte acerca de convertirse en un jornalero: inmediatamente pide la mejor túnica, que probablemente sea una de las suyas. Ordena a los sirvientes que pongan sandalias en los pies de su hijo, símbolo de la restauración de su honor en la familia. No hay el más mínimo cuestionamiento de su sinceridad. Entonces el padre pide que preparen el ternero cebado y comienza la música y el baile.

Ahora aparece el hijo mayor. Ha estado sirviendo fielmente a su padre en la tierra y trabajando diligentemente por su parte de la herencia. La desaparición del hijo menor ha puesto en peligro su propia porción, ya que ahora tendrá que proveer para la vejez de su padre completamente basado en sus propios recursos. Tiene motivos para estar indignado con su hermano menor y se refiere a él con desdén como "ese hijo tuyo".

Por otro lado, al negarse a entrar a la fiesta, el hijo mayor peca contra el cuarto mandamiento, que le obliga a honrar a su padre. Cuando su padre amablemente sale a reprenderlo, el hijo mayor regaña al anciano por su bondad diciendo: "Has recompensado a este hijo tuyo, que no solo ha desperdiciado su parte de la fortuna familiar, sino que al vivir con prostitutas ha arriesgado el linaje familiar". Junto a su lenguaje ofensivo, deshonor tanto a su padre como a su hermano al negarse a participar en la celebración. Por lo tanto, ha infringido el código legal de la época tanto como el hijo menor, pero a su manera.



Esta parábola obviamente tiene la intención de subvertir uno de los temas favoritos del Antiguo Testamento: el de los elegidos y los rechazados. Debido a la mala conducta del hijo mayor hacia el padre, los oyentes esperan que se repita la historia de Jacob y Esaú. Jacob, el hijo menor, fue elegido por Dios, mientras que Esaú, el hijo mayor, a quien legalmente le pertenecía la herencia, fue rechazado. La expectativa es que el hijo mayor en esta historia también será rechazado y los oyentes, que ya se habrían identificado con el hijo menor, pueden regocijarse junto con él en ser el pueblo especialmente escogido de Dios.

La conducta del padre, sin embargo, destruye la idea de Israel como el pueblo elegido. En lugar de rechazar al hijo mayor por su falta de respeto, el padre afirma: "Tú siempre estás conmigo. Todo lo que tengo es tuyo". De modo que el hijo mayor tiene asegurada su parte de la herencia a pesar de su mala conducta. Así como el hijo menor es recibido de nuevo en la familia a pesar de haber disipado los recursos de su padre, el hijo mayor, que acaba de quebrantar el cuarto mandamiento con su insolente desacato, es restituido en favor. El padre no presta atención a las ofensas de ninguno de sus hijos. Deja completamente de lado su honor personal y el código legal que preocupa a su hijo mayor. Según esta parábola, los requisitos de la Ley Mosaica no tienen gran importancia para él. Su conducta eclipsa tanto la mala conducta del hijo menor como la insistencia en los derechos legales del mayor. Aparentemente, el reino de Dios no tiene que ver fundamentalmente con legalidades ni con la moral convencional. Según los estándares aceptados de esa sociedad, el padre actúa como un mal padre. Sin embargo, como dice Scott, resulta ser una muy buena madre. Claramente este padre une en sí mismo las cualidades de madre y padre. El padre en esta parábola representa al *abba*, a quien Jesús revela como el Dios de infinita solicitud y amor por todos sus hijos, es decir, por toda la familia humana.

¿Qué surge como la principal preocupación del padre en esta parábola? Es unir a sus dos hijos: juntarlos en el amor. Ambos son culpables de faltas graves y él quiere perdonarlos a ambos. La principal preocupación de este padre no es la justicia, sino la misericordia. El padre comunica amor incondicional a sus dos hijos para que ellos, a su vez, tengan misericordia el uno con el otro. Según Jesús, su Padre celestial no está especialmente interesado en los códigos legales y en la moral convencional. Busca la unidad de la familia humana, la eliminación de divisiones y barreras, y el triunfo de la compasión por medio de la manifestación de los valores maternos simbolizados en esa cultura por el alimento y el afecto desbordante.

La parábola debe haber dejado a la audiencia judía con la boca abierta de asombro. Esta parábola socava profundamente lo que pensaban que era su mayor reclamo de protección y amor de Dios, El haber sido escogidos libremente por Dios como su pueblo elegido. En realidad, todos son elegidos. Esto incluye tanto a los pecadores públicos que saben que han ofendido a Dios como a los que se creen mejores que los demás y niegan su complicidad en el pecado. Este Padre perdona a ambos, pero les ordena vivir juntos en paz y cuidado mutuo, la clase de cuidado que el Padre ha mostrado al enviar a su Hijo al mundo como la señal de su perdón de todo y de todos.

LÁZARO Y EL HOMBRE RICO

Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino finísimo y cada día hacía espléndidos banquetes. A su puerta, cubierto de llagas, yacía un pobre llamado Lázaro, que ansiaba saciarse con lo que caía de la mesa del rico; y hasta los perros iban a lamer sus llagas. El pobre murió y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. El rico también murió y fue sepultado. En la morada de los muertos, en medio de los tormentos, levantó los ojos y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro junto a él. Entonces exclamó: "Padre Abraham, ten piedad de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en el agua y refresque mi lengua, porque estas llamas me atormentan". "Hijo mío, respondió Abraham, recuerda que has recibido tus bienes en vida y Lázaro, en cambio, recibió males; ahora él encuentra aquí su consuelo, y tú, el tormento. Además, entre ustedes y nosotros se abre un gran abismo. De manera que los que quieren pasar de aquí hasta allí no pueden hacerlo, y tampoco se puede pasar de allí hasta aquí". Lucas 16: 19-26).

En esta parábola se manifiesta una vez más la repentina inversión de roles y expectativas tan característica de la enseñanza de Jesús. Se yuxtaponen dos situaciones extremas. Un rico vestido de púrpura, símbolo de las clases altas y el poder, vivía no sólo bien, sino suntuosamente. Y no sólo los días festivos, sino todos los días. A la puerta de su propiedad yacía Lázaro el mendigo. En la mentalidad popular de la época, los mendigos eran considerados responsables de su miserable situación. La pobreza era vista como un castigo por el pecado y por eso los oyentes estarían pensando: "Él tiene la culpa de su desgracia".

Lázaro muere y es llevado por los ángeles al seno de Abraham, símbolo del cumplimiento de todas las promesas hechas por Dios a Israel. El rico también muere y es sepultado en el Hades. En la literatura religiosa judía anterior a este tiempo no se menciona un abismo entre los justos y los injustos que se extiende más allá de la tumba. Ése es un nuevo detalle que la parábola introduce aquí. Abraham responde a la súplica del hombre rico señalando que había disfrutado de todo lo bueno durante su vida terrenal y ahora está en tormento, mientras que el pobre había experimentado todo lo contrario.

El reino de Dios, en la predicación de Jesús, presupone solidaridad con la comunidad y sus necesidades. Bajo esta luz, comenzamos a ver lo que estaba mal en el comportamiento del hombre rico. No se enumera ninguna fechoría de su parte en particular. La parábola nos indica que no fue su riqueza la causa de su ruina, sino el uso que hizo de ella, al no compartir con la comunidad la

abundancia que Dios le había dado. Ése es el verdadero propósito de las bendiciones de la riqueza. Por lo tanto, esta parábola arremete contra el pecado de la indiferencia, que renuncia a compartir nuestra propia abundancia con los necesitados. Lo hace mediante la yuxtaposición del disfrute privado de la gran abundancia del hombre rico con la necesidad extrema del mendigo, a quien no se le brindó ninguna asistencia práctica.

El pecado del hombre rico no podía haber sido su riqueza como tal, ya que Abraham también era rico y halló el favor de Dios, como lo atestigua el Libro del Génesis. El destino del hombre rico sugiere que su pecado fue no atravesar la puerta de su hacienda para responder a la necesidad desesperada del mendigo. La parábola ataca la conformidad que subyace nuestras divisiones entre ricos y pobres, los socialmente aceptables y los socialmente marginados. La puerta simboliza la gracia que nos permite amar a nuestro prójimo, a todos, como a nosotros mismos. El hombre rico permaneció confinado en su espacio cerrado. No atravesar la puerta para solidarizarse con el necesitado fue la causa de su ruina.

Las puertas pueden ser barreras o vías de acceso a la solidaridad con los demás. Cualquiera que sea la forma en que el rico obtuvo sus bienes, bien sea a través de bonos u otros medios para enriquecerse rápidamente, no logró atravesar la puerta de sus propios intereses y preocupaciones para identificarse con alguien cuya situación era desesperada y a quien fácilmente podría haber ayudado. En la próxima vida, las cosas serán al revés. Si el hombre rico hubiera atravesado la puerta para asistir al mendigo y no la hubiera usado simplemente como una barrera para protegerse a sí mismo y a su propiedad, su destino hubiera sido muy diferente. Dios no coloca barreras. Las colocamos nosotros. Nuestra relación con nuestra comunidad local y con la familia humana en su conjunto determina si estamos en el reino o fuera de él, tanto ahora como en la vida próxima.



Para entender esta enseñanza más claramente, veamos una parábola moderna que me parece que expresa, en términos contemporáneos, el punto principal de esta parábola. La película clásica *Casablanca* enfatiza lo que significa la palabra “solidaridad” en este contexto. En la película, Rick, interpretado por Humphrey Bogart, tiene un conmovedor romance con Ilsa, interpretada por Ingrid Bergman, justo antes de la ocupación alemana de París en la Segunda Guerra Mundial. Acordaron salir de París en el último tren. Cuando ella no apareció, él se quedó desconsolado. Rick tiene que irse para escapar de la Gestapo y termina en Casablanca dirigiendo un club nocturno. Ilsa aparece una noche en el club con su esposo, quien resulta ser el agente principal de la

clandestinidad en la resistencia francesa. Rick está completamente deshecho por su reaparición en su vida. Después de muchos malentendidos, finalmente ella tiene la oportunidad de explicarle lo que sucedió. Cuando se conocieron en París, ella creía que su esposo había muerto. Cuando éste apareció inesperadamente el mismo día que iban a salir de París, ella decidió que su esposo, enfermo y fugitivo, la necesitaba y que su primer deber era con él. De ahí su decisión de no encontrarse con Rick en el tren. Pero ahora ella le confiesa, "te amaba entonces y te sigo amando." Y un poco más tarde, "Me alejé de ti una vez. No soy capaz de volver a hacerlo".

El héroe de la resistencia francesa está siendo rastreado por la Gestapo. Rick tiene dos visas. Ilsa se encuentra en una encrucijada: quedarse con Rick o escapar con su esposo. Ella le dice a Rick: "Debes decidir por ambos". A medida que se desarrolla la trama, él toma la dolorosa decisión de ponerla a ella y a su esposo en el avión, mientras que él se queda atrás.

Al tomar esta decisión, Rick hizo precisamente lo que el hombre rico de la parábola no pudo hacer. Atravesó la puerta de su propio pequeño mundo hacia la solidaridad con toda la familia humana. Puso la situación desesperada del mundo de su época por encima de su propia felicidad. Vio que el líder de la resistencia francesa, el esposo de Ilsa, estaba contribuyendo a minar la tiranía de Hitler y que este hombre heroico necesitaba el apoyo de su esposa para cumplir con su papel. Podía haber tenido a Ilsa para él solo, pero optó por renunciar a su mundo privado, con su seductora promesa de felicidad personal, por el bien mayor de toda la familia humana. Esto es, en realidad, lo que Dios Padre hizo, según la fe cristiana, al enviar a su Hijo unigénito al mundo para ser crucificado por nuestra salvación. Es esta visión del corazón de Dios y su manifestación en los asuntos humanos lo que hace que esta película sea tan extraordinaria.



Como vimos en la parábola del Hijo Pródigo, el Padre echa por la borda su honor y sus intereses personales para solidarizarse con sus hijos desobedientes. El reino de Dios es para todo aquel que comprende que la solidaridad con la familia humana, concretizada en la comunidad local, es lo más indispensable. La puerta que nos permite entrar en comunión los unos con los otros es verdaderamente maravillosa. Es en esa comunión que el reino de Dios alcanza su máxima actividad. Se nos brinda la capacidad de poder ser y actuar como Dios. Por otro lado, si usamos la puerta para protegernos de los necesitados, la puerta se convierte en una barrera que puede continuar en la vida siguiente.

Ambas parábolas hablan de un amor humano que imita al amor divino al unirse a la familia humana en sus desesperadas necesidades. Si somos ricos, nuestra riqueza es para la comunidad, no para nosotros. Y si amamos, nuestro amor debe tener en cuenta una identificación cada vez mayor con todos los miembros de la familia humana.

La naturaleza del reino de Dios es que tiene que ser compartido. Por lo tanto, desde el punto de vista cristiano, la comunidad es el valor supremo. Relacionarse con toda la familia humana como la familia de Dios es el impulso básico del evangelio. Por eso la negativa a reconciliarse es un asunto tan grave, y por qué, cuando Pedro preguntó , "¿Cuántas veces debo perdonar?" Jesús respondió con un número simbólico que significa "ilimitadamente". Ésa es la forma correcta de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Estar en el reino es participar en la solidaridad de Dios con los pobres, compartiendo con ellos los bienes que nos han sido dados. En el Nuevo Testamento, el gran pecado es hacer oídos sordos al grito de los pobres, ya sea que ese grito brote de una necesidad emocional, material o espiritual. Aunque no podemos evitar participar hasta cierto punto en la injusticia social, ya que vivimos en este mundo, debemos tender la mano constantemente de manera concreta y práctica a los necesitados. El amor divino no es un sentimiento, sino una elección. Es mostrar misericordia. El hombre rico, aunque vio al mendigo hambriento en el umbral de su puerta y podría haberlo atendido fácilmente, simplemente siguió comiendo, bebiendo y leyendo las páginas financieras de su diario.

EL GRAN BANQUETE

«Un hombre preparó un gran banquete y convidó a mucha gente. A la hora de cenar, mandó a su sirviente que dijera a los invitados: «Vengan, todo está preparado». Pero todos, sin excepción, empezaron a excusarse. El primero le dijo: "Acabo de comprar un campo y tengo que ir a verlo. Te ruego me disculpes". El segundo dijo: "He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlos. Te ruego me disculpes." Y un tercero respondió: "Acabo de casarme y por esa razón no puedo ir". A su regreso, el sirviente le contó todo esto al dueño de casa y éste, irritado, le dijo: "Recorre en seguida las plazas y las calles de la ciudad, y trae aquí a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los paralíticos". Volvió el sirviente y le dijo: "Señor, tus órdenes han sido cumplidas y aún sobra lugar". El señor respondió: "Ve a los caminos y a lo largo de los cercos, e insiste a la gente para que entre, de manera que se llene mi casa." (Lucas 14: 16b-23)

Hay tres versiones de esta parábola, una de Mateo, una de Lucas y una del Evangelio de Tomás. En el Evangelio de Mateo, el cabeza de familia es presentado como un rey. Es parte de la alegoría de Mateo que los que no vengan a esta fiesta van a ser recibidos con frialdad en el futuro. En Lucas, el amo de casa se venga de quienes lo insultaron al rechazar su invitación. En todas estas versiones, la gran cena es el símbolo del reino de Dios. Los que vienen a la comida reciben la salvación y los que se niegan son rechazados.

¿Por qué los tres relatos tradicionales dan tanta importancia a los que no aceptan? Por un lado, todos ofrecen excusas bastante extensas, y todas ellas son bastante poco convincentes. En una cultura de aldea, el honor era muy importante, y dependía de ser aceptados por las personas del mismo estrato. La asistencia a una cena importante era uno de esos símbolos de aceptación. Todos los invitados originalmente vivían en casas y, por lo tanto, pertenecían a las clases altas. Como las dos primeras invitaciones fracasaron, la expectativa de los oyentes era que la tercera iba a ser aceptada. En la parábola del buen samaritano, los dos primeros viajeros pasaron y el tercero resultó ser misericordioso. En la parábola de los talentos, los dos primeros siervos fueron bien recibidos y el tercero rechazado.

El hecho de que en esta parábola no se acepten las tres invitaciones hace énfasis en el rechazo total del amo de casa y la total vergüenza que sufre por parte de sus colegas. La deshonor del dueño de casa parece haber causado que las tres versiones de la parábola perdieran algo de su fuerza original. Los evangelistas brindan oportunidades para que el amo recupere su honor (u

obtenga su venganza) rechazando a los invitados originales. La cena, sin embargo, continúa representando el banquete mesiánico profetizado por Isaías.

En Lucas, cuando el padre de familia es rechazado por todos sus colegas acomodados del pueblo, se enfurece y ordena a sus sirvientes que salgan a las calles y traigan a los cojos, los ciegos y los discapacitados. La invitación a los discapacitados sugiere a los oyentes de la época que la fiesta es un símbolo del reino mesiánico, cuando todos los que han sido oprimidos por enfermedades o por los enemigos de Israel finalmente serán elevados a una posición exaltada y se restaurará el honor de Israel.

En la parábola de la semilla de mostaza, los oyentes esperaban que la semilla creciera hasta convertirse en un cedro del Líbano (300 pies o 91 metros de altura) y en cambio se convirtió en un arbusto de poco más de un metro. Aquí, en lugar del banquete glorioso, la casa termina llena de indeseables y de gente de la calle.

Hay una progresión: primero vienen los discapacitados y los oprimidos; después llegan las prostitutas, los rateros, los recaudadores de impuestos y toda la chusma de mala fama del pueblo. Estas son las personas que finalmente se presentan a la cena.



A este punto, el lector promedio se siente bastante incómodo. El texto profético de Isaías sobre el banquete mesiánico ha sido completamente desautorizado. Recordemos la descripción de Isaías.

«El Señor de los ejércitos ofrecerá a todos los pueblos sobre esta montaña un banquete de manjares suculentos, un banquete de vinos añejados, de manjares suculentos, medulosos, de vinos añejados, decantados. Él arrancará sobre esta montaña el velo que cubre a todos los pueblos, el paño tendido sobre todas las naciones. Destruirá la muerte para siempre; el Señor enjugará las lágrimas de todos los rostros, y borraré sobre toda la tierra el oprobio de su pueblo, porque lo ha dicho él, el Señor. Y se dirá en aquel día: «Ahí está nuestro Dios, de quien esperábamos la salvación: es el Señor, en quien nosotros esperábamos; ¡alegrémonos y regocijémonos de su salvación!». (Isaías 25: 6-9)

La fiesta y la celebración de la cena en este texto de Isaías simboliza claramente una gran victoria sobre los enemigos del Señor. Él vencerá a las naciones despiadadas, y el pueblo oprimido de Dios será restaurado en su honor por su Dios todopoderoso. Tal es el tema principal del pasaje. El problema es que no sucede así en la parábola.



En los pueblos locales de la época, no había posibilidad de movilidad social. Era una sociedad cerrada. Habiendo sido rechazado por sus compañeros, el dueño de casa tiene que elegir entre cancelar la cena o invitar a otros que nunca hubiera pensado en invitar. En el banquete mesiánico previsto por Isaías, Dios eleva al pueblo oprimido a la condición de Dios mismo y destruye a todos sus enemigos. En la parábola de Jesús, el amo no levanta a los oprimidos, sino que se une a ellos en sus diversas formas de miseria humana. En lugar de un triunfo vengativo sobre los enemigos de Israel, la conclusión es que el reino de Dios, como lo proclama Jesús, está siendo celebrado con los indigentes y con los pecadores.

En otras palabras, el reino se encuentra no en un banquete para los ricos y famosos, sino en la comunión de mesa con los pobres, con las personas sin importancia y con los que deambulan en las esquinas de las calles. Estas son las personas que, de hecho, finalmente participan de la cena. En esta notable parábola, Jesús nos deja entrever algo acerca de la naturaleza de su Padre. La celebración de la salvación de Dios, simbolizada por la cena, no se lleva a cabo con los peces gordos, los de buena posición económica y los exitosos – éstos rechazaron la invitación—sino que se está dando con los pobres, los débiles, los ignorantes, los oprimidos y los afligidos por el dolor físico, emocional y espiritual. Es decir, en los comedores populares, en las líneas de distribución de alimentos, los guetos y los lugares a los que nadie quiere ir.

Aquí se subvierte completamente la expectativa de los oyentes. Así como en la parábola del grano de mostaza no surge ningún cedro del Líbano, aquí no hay un gran banquete. Es nuestra necesidad desesperada la que atrae la misericordia divina, no nuestras virtudes ni ninguna otra cosa.



¿Podemos aceptar a un Dios que se torna tan vulnerable como para unirse a la condición humana exactamente dónde está o, de manera más precisa, exactamente dónde estamos nosotros –en medio de nuestras motivaciones y comportamientos impuros? Dios acude a los que consienten en presentarse a Él con sus vidas tal y como son. La vida y la muerte de Jesús son la realización de lo que significa para Dios convertirse en un ser humano.

EL VINO NUEVO

Entonces se acercaron los discípulos de Juan y le dijeron: «¿Por qué tus discípulos no ayunan, como lo hacemos nosotros y los fariseos?». Jesús les respondió: «¿Acaso los amigos del esposo pueden estar tristes mientras el esposo está con ellos? Llegará el momento en que el esposo les será quitado, y entonces ayunarán. Nadie usa un pedazo de tela nueva para remendar un vestido viejo, porque el pedazo añadido tira del vestido y la rotura se hace más grande. Tampoco se pone vino nuevo en odres viejos, porque los odres revientan, el vino se derrama y los odres se pierden. ¡No, el vino nuevo se pone en odres nuevos, y así ambos se conservan!». (Mateo 9: 14-17)

Juan el Bautista causó un gran revuelo en Israel y atrajo a muchos discípulos. Jesús fue bautizado por él y reclutó a sus primeros discípulos de entre los seguidores de Juan. Juan era austero. Vestía un taparrabos y sólo comía saltamontes y miel silvestre. Practicaba mucho el ayuno y esperaba lo mismo de sus discípulos.

Cuando hay dos maestros espirituales o comunidades religiosas en el mismo vecindario, las lealtades de un grupo pueden entrar en conflicto con las del otro. Puede haber algunas denigraciones y murmuraciones mutuas. Se pueden hacer comparaciones entre *nuestra* observancia y su observancia, *nuestro* maestro espiritual y su maestro espiritual, *nuestra* tradición y su tradición.

En este incidente, los discípulos de Juan criticaban a los discípulos de Jesús. Decían: "¿Cómo es que los fariseos y nosotros ayunamos y ustedes no?" lo que implica que los discípulos de Jesús no estaban a la altura de los elevados estándares de Juan. " Lo que se sugiere es: "¿Quién eres tú comparado con nosotros?". Una práctica austera atrae la atención del público, la admiración y el reconocimiento.

Jesús se adapta graciosamente a estas debilidades humanas. Responde con una pregunta propia: "¿Cómo pueden los invitados a la boda ir de luto mientras el novio está con ellos?" Con esta pregunta señala que los discípulos de Juan no están mirando desde un punto de vista amplio. Buscan la santidad, pero en el lugar equivocado. Jesús agrega; "Cuando se lleven al novio, entonces los invitados a la boda ayunarán".

Él indica que su presencia entre sus discípulos es una celebración y que no es apropiado hacer duelo mientras se asiste a una boda. Como mínimo, no serían invitados bienvenidos, ya que las celebraciones requieren la capacidad tanto de recibir como de dar. Cuando Dios amablemente entra en nuestras vidas por unos minutos, no es el momento de practicar nuestras austeridades habituales. Sería semejante a recibir la visita inesperada de un pariente querido que viene a compartir afecto y amor, y que éste nos encuentre demasiado ocupados con varias tareas para decir otra cosa que no sea: "Vuelve en otro momento".

Jesús continúa: "Nadie usa un pedazo de tela nueva para remendar un manto viejo. Eso solo hará que la rotura se haga más grande". Y añade: "La gente no echa vino nuevo en odres viejos". Los odres viejos se secan, se arrugan y se agrietan. Si les ponemos vino nuevo, las sustancias químicas que todavía están siendo procesadas en el vino nuevo reventarán la piel vieja. La piel vieja no tiene flexibilidad para expandirse con la efervescencia.

El vino nuevo es una imagen maravillosa del Espíritu Santo. A medida que avanzamos hacia el nivel intuitivo de consciencia a través de la oración contemplativa, las viejas estructuras no pueden contener la energía del Espíritu. No son lo suficientemente flexibles. Es posible que haya que dejarlas de lado o adaptarlas. El vino nuevo, como símbolo del Espíritu, tiene la tendencia a animar a las personas; por eso, los padres de la iglesia lo llamaban "una sobria embriaguez". Aunque su exuberancia es sutil, se sale de todas las categorías y no puede encerrarse en compartimentos ordenados.

Jesús les señala a los discípulos de Juan que tienen una buena práctica, pero que están demasiado apegados al ayuno como estructura. El vino del espíritu que trae Jesús no cabe en sus ideas estrechas. Es necesario que amplíen sus puntos de vista. De lo contrario, el vino nuevo del evangelio les va a causar problemas. Reventará los estrechos confines de sus mentalidades y se perderá tanto lo que tienen ahora como lo que están tratando de recibir.

Jesús sugiere una solución: "Echen el vino nuevo en odres nuevos". El vino nuevo del Evangelio se manifiesta en los Frutos del Espíritu, que según Gálatas 5:22-24 son nueve aspectos de la mente de Cristo. Si se va a conservar el vino nuevo, hay que encontrar nuevas estructuras que sean más apropiadas que las antiguas. Si nos apoyamos demasiado en las viejas estructuras, el vino nuevo del Espíritu se perderá. Esto sucedió a finales de la Edad Media y especialmente en la Iglesia Católica posterior a la Reforma, cuando el énfasis pasó de cultivar los Frutos del Espíritu a la conformidad con fórmulas doctrinales y observancias externas. Por eso nos encontramos en la época del Concilio Vaticano II en un desierto espiritual. El vino viejo se había agotado. La renovación en el Espíritu, el vino nuevo, consiste en la recuperación de la

tradición contemplativa del cristianismo. Pero este movimiento del Espíritu tiene que plasmarse en nuevas estructuras; las viejas están propensas a reventar.

¿Es posible renovar los odres viejos? Con mucho engrase, es posible que recuperen cierta flexibilidad, pero no tanto como tienen los nuevos. El proceso también puede llevar mucho tiempo.



¿Qué sucederá con la renovación de la vida contemplativa entre los laicos? Veremos nuevas formas de vida contemplativa que sirvan mejor al vino nuevo, con su tendencia a expandirse, a entusiasmarse y a subirse a la cabeza, por así decirlo. El vino nuevo es la dimensión contemplativa del evangelio. Su acción básica es el consentimiento a la presencia y acción del Espíritu en nosotros. Este consentimiento no se dirige a nuestras intenciones, sino a las intenciones de Dios. El Espíritu, que nos ama primero, es quien reparte el vino, no nosotros. Es un error pensar que tenemos que ganar la atención de Dios o impresionar a Dios con nuestras virtudes. Ese no es el vino nuevo. Esa es una actitud que pertenece al vino viejo, donde nuestras virtudes son percibidas como un medio necesario para ganar el favor de Dios.

Si consentimos a las intenciones de Dios, Dios obra en nosotros a través de los frutos del Espíritu: compasión ilimitada, gozo, paz y los demás enumerados por Pablo. Ninguna estructura puede contener semejante vino. Pablo añade: "Los que son movidos por el Espíritu no tienen ley". Están más allá de cualquier ley porque cumplen con el propósito de todas las leyes, que es el fluir continuo de la compasión y el amor divinos. De esa manera, cumplen espontáneamente con toda ley justa.

EPÍLOGO

LA VENIDA DEL REINO

En la parábola del gran banquete, los invitados originalmente no tomaron en serio su invitación. La parábola del tesoro escondido trata de un problema similar. Si obtenemos algo a cambio de nada, tenemos la tendencia a no valorarlo demasiado. Ése es el riesgo que Dios ha corrido al invitarnos a compartir la vida divina.

En la parábola del gran banquete, símbolo del Reino de Dios, esperaríamos que el amo de casa se enojara y dijera: "Ya que mis amigos y colegas no vienen, ¡al diablo con el banquete!" De hecho, se enoja mucho con los invitados originales que no valoraron su convite, pero en lugar de cancelar el evento, les dice a sus sirvientes que salgan y traigan a los cojos, los lisiados y los ciegos. Incluso entonces, el salón no está lleno. Como último esfuerzo, envía a sus sirvientes a rastrear, por así decirlo, y traer a cualquiera que puedan encontrar: la gente de la calle y los pecadores públicos. Estas son las personas que en definitiva participan en el banquete. El amo comparte la comida con ellos. Evidentemente, Dios no se basa en el honor, sino que prefiere identificarse con nosotros y entrar en nuestras vidas y muertes ordinarias, incluso en los elementos escandalosos de nuestras vidas, simbolizados por la levadura en la parábola de la levadura.

De esta manera, Dios se muestra solidario con nosotros en los asuntos ordinarios de la vida diaria, así como en los momentos y lugares de corrupción monumental, bien sea un desastre físico, una enfermedad mental o una degradación moral. Jesús ejemplificó esto último comiendo y bebiendo con los pecadores, lo que era en su tiempo signo de pertenecer al grupo con el que se compartía la mesa. Cuanto más desesperada la necesidad, más responde la infinita misericordia de Dios, viviéndola con nosotros si consentimos.

La transmisión cristiana, entonces, no es una revelación que conduce a altos estados de iluminación, sino una participación en la mente de Cristo. En esta transmisión, la comunidad --familiar, local, nacional, global, el universo entero-- es de suma importancia. Dios está interesado en la salvación de cada ser humano y quiere que, por encima de cualquier otra consideración, todos nos llevemos en paz y armonía. Si podemos creer en la enseñanza implícita en las parábolas de Jesús, la moralidad está enraizada en esta preocupación principal, y en leyes y reglas sólo en la medida en que éstas conducen y apoyan

la actitud de amor incondicional. Esta perspectiva se ejemplifica en la parábola del hijo pródigo, en la que ambos hijos tratan abominablemente a su padre. Él los perdonó a los dos, sin someter a ninguno a una prueba de arrepentimiento. La transmisión de la vida divina tiene el propósito de capacitarnos para pensar, actuar y sentir como Dios, o al menos como Dios pensaría, actuaría y sentiría si Dios fuera un ser humano. Tal como están las cosas, eso es algo que debemos hacer por Dios.